



*Pero ¿côtais segura de que S. M.
se halla en su cama?*

EL COLLAR DE LA REYNA.

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO II.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.

El Collar de la Reyna.

LA CONSIGNA.

Asi que echaron á andar las dos viageras, las ráfagas de un viento fuerte trageron á sus oídos los tres cuartos que acababan de sonar en el reloj de la iglesia de San Luis.

— ¡Oh Dios mio! ¡las doce menos cuarto! exclamaron á un tiempo las dos damas.

— ¡Y están cerradas todas las verjas, añadió la mas jóven.

—No os inquieteis por eso, Andrea; aún cuando no fuese así, no entraríamos tampoco por el patio principal. Dirijámonos pues hácia una de las puertas reservadas.

Y encaminándose hácia el ala derecha del palacio, llegaron á la puerta escusada, que, como todo el mundo sabe, conduce á los jardines.

—¡Ah! también está cerrada, Andrea! exclamó la mayor de las damas.

—Entonces, señora, alejémonos cuanto antes.

—No, mejor es que llamemos. Lorenzo debe estarnos esperando, puesto que le previne que tal vez regresaría un poco tarde.

—En ese caso, voy á llamar, dijo Andrea aproximándose á la puerta.

—¿Quién va? preguntó una voz de lo interior, anticipándose á su llegada.

—¡Oh! esa no es la voz de Lorenzo! exclamó la mas jóven, volviéndose á su compañera.

—Creo lo mismo, repuso la mayor.

Y acercándose á su vez, volvió á llamar por el agujero de la cerradura.

Ninguna respuesta obtuvo sin embargo.

—¡Lorenzo! repitió otra vez la dama, empujando la puerta.

—¡Aquí no hay ningun Lorenzo! repitió bruscamente la voz.

—Bien está; abrid, pues, seais quien fuérais, dijo Andrea con instancia.

—No abro.

—Pero ¿no sabeis, amigo mio, que Lorenzo lo hace asi todos los dias?

—¿Y qué tengo yo que ver con Lorenzo? aténgome á mi consigna, y nada mas.

—¿Quién sois, pues?

— ¿Quién soy?

— Sí.

— ¿Y vosotras? dijo la voz.

La interrogacion era un poco brutal, pero no habia mas remedio que responder á ella. porque así lo exigian las circunstancias.

— Somos camaristas de S. M., habitamos en palacio, y quisiéramos entrar á nuestras respectivas habitaciones.

— Pues yo soy un suizo de la primera compañía Salischamade, y voy á hacer precisamente todo lo contrario que suele hacer Lorenzo; en otros términos, voy á dejaros á la puerta.

— ¡Oh! exclamaron por lo bajo las dos damas, una de las cuales estrechó con ademan colérico la mano de la otra.

En seguida añadió, haciendo un esfuerzo sobre sí misma:

— Nuestro ánimo, amigo mio, no

es induciros á que dejeis de cumplir la consigna que os han dado; ese es el deber de todo buen militar, y no quisiéramos por todo lo del mundo que faltáseis á ella; pero eso no obsta, para que nos hagais el favor de decir á Lorenzo que preguntamos por él, puesto que debe estar por ahí cerca.

—No puedo abandonar mi puesto.

—Enviadle si no un recado con alguno de vuestros camaradas.

—No tengo ninguno.

—Vamos, amigo mio; sed amable con nosotras.

—¡Eh! señoras; por qué mil diablos no os vais á dormir á la ciudad? ;no parece sino qué seria eso algun arco de iglesia! ;Bah! yo no soy mas que un pobre demonio, y sin embargo, si me diesen una noche con la puerta del cuartel en los hocicos, no me faltaria un cabo donde meterme. Haced pues otro

tanto, señoras, y dejarme en paz.

—Escuchad, granadero, dijo resueltamente la mayor de las damas: si nos abris, os doy veinte lises.

—Y diez años de presidio despues! muchas gracias! Cuarenta y ocho libras por año... ¡bah! es poco.

—Haré ademas que os nombren sargento.

—Sí; y el que me ha dado la consigna, me hará fusilar!... muchas gracias! muchas gracias!

—¿Y quién es el que os ha dado esa consigna?

—El Rey.

—¡El Rey! repitieron con espanto las dos damas ¡oh! somos perdidas.

La mas jóven estaba casi fuera de sí.

—Veamos, Andrea, dijo la mayor de las damas despues de un instante, si se halla abierta alguna otra puerta.

— ¡Oh, señora! estando cerrada esta, tambien habrán cerrado las demas.

— Pero puesto que Lorenzo no se halla en esta que es la suya, ¿en cual creéis que lo encontraremos?

— ¡Oh! en ninguna, señora; esto se conoce que es efecto de una órden superior.

— Es verdad, Andrea, es verdad! ¡Oh! qué cosas hace el Rey!

Y la dama pronunció estas palabras con acento entre despreciativo y amenazador.

La puerta donde acababan de llamar las dos señoras, estaba practicada en una pared del espesor suficiente para hacer de su marco una especie de vestíbulo.

A cada uno de los lados habia un banco de piedra, sobre los cuales se sentaron la señoras entregadas á la mayor agitacion.

Oíanse al lado opuesto de la puerta los pasos del suizo, que tan

pronto alzaba como bajaba su fusil, y distinguíanse de vez en cuando los rayos de luz que salían por el agujero de la cerradura.

Mas allá de este débil obstáculo de encina, veían las dos damas su puerta de salvacion; mas acá, la vergüenza, el escándalo, y casi la muerte.

— ¡Oh! ¡qué se dirá mañana! exclamó la mayor de las dos señoras; ¡qué disculpa daré yo que parezca verosímil!

— ¡Disculpa! al contrario, señora; creo que debeis decir la verdad.

— ¿Y si no la creen?

— Teneis pruebas para acreditarla. Además, de que el soldado no estará de centinela toda la noche..... añadió Andrea, recobrando su valor á medida que á su compañera le iba faltando..... pasado su turno, lo relevarán, y su sucesor será, acaso mas complaciente. No perdamos, pues, las esperanzas.

—No digo que no, Andrea; pero entre tanto pasarán dentro de un momento las patrullas que hacen la ronda de media noche y será una vergüenza que nos encuentren en tal situación. ¡Oh Andrea la sangre se me sube á la cabeza, y me estoy ahogando!

—Valor, señora; reflexionad que es superior á mis débiles fuerzas el verme en la precision de animaros.

—Ya no dudo, Andrea, que existe en palacio un complot, del cual somos nosotras las víctimas. Lo que ahora presenciamos no ha sucedido jamás! Esta puerta no se ha guardado nunca de este modo!... ¡Qué vergüenza! ¡Dios mio! ¡qué vergüenza! ¡Ah! yo me muero!

Y dejándose caer hácia atrás, parecia efectivamente que se ahogaba.

En aquel instante se oyó sonar sobre el piso blanco y seco de Ver-

salles, tan abandonado actualmente, el ruido de los pasos de un hombre, que caminaba con lentitud, y casi al mismo tiempo empezó á cantar una voz fresca y alegre una de esas coplas amaneradas, que pertenecen esencialmente á la época que nos hemos propuesto describir.

— ¡Esa voz!.... exclamaron simultáneamente las dos damas.

— ¡Ah! yo creo que la conozco, añadió la mayor.

— Parece la de....

El cantor empezó otra copla.

— ¡Ah! ¡él es! dijo al oído de Andrea la dama cuya inquietud se habia manifestado un momento antes de una manera tan ostensible: ¡él es!.... y nos salvará.

A esta sazón se acercó á la puerta un jóven, envuelto en un gran leviton entretelado, y sin hacer alto en la presencia de las dos señoras, empezó á llamar:

— ¡Lorenzo!

—!Hermano mio! dijo la mayor de las damas, tocándole ligeramente en el hombro.

—¡La Reina! exclamó este, retrocediendo un paso, y quitándose el sombrero.

—!Chit! Buenas noches, hermano.

—Buenas, noches, señora..... es decir..... hermana mia: pero..... si no me engaño, ¿no estais sola?

—No; viene conmigo Mad. Andrea de Taverney.

—¡Ah! muy bien.—Buenas noches, señorita.

—Monseñor, murmuró Andrea inclinándose.

—Salís de palacio, señoras, preguntó el jóven.

—No.

—¿Es decir que vais á entrar en él?

—Eso quisieramos; pero....

—¿Pues qué, no habeis llamado á Lorenzo?

—Sí tal.

—¿Y entonces?.....

—Llamadle á vuestra vez y lo sabreis.

—Sí, sí monseñor, llamadle y ya vereis.

El jóven, que era el conde de Artois, volvió á aproximarse á la puerta, y dando en ella un ligero golpe exclamó:

—Lorenzo!

—Eso es! dijo la voz del suizo; ya principia otra vez la majaderia: pues os prevengo, añadió, que si seguís atormentándome, voy á llamar al oficial de guardia.

—¿Qué significa esto? preguntó el conde asombrado y volviéndose hácia la Reina.

—Nada mas, sino que Lorenzo ha sido reemplazado por un suizo.

—¿Pero quién ha mandado eso?

—El Rey.

—¡El Rey!

—Asi acaba de decírnoslo ese her-

gante.

—¿Y probablemente tendrá una consigna.....

—Feroz, segun parece.

—¡Diablo! preciso será entonces que tratemos de capitular.

—¿De qué modo?

—Ofreciendo dinero á ese bribon.

—Ya lo he hecho y lo ha rehusado.

—Ofrezcámosle los galones de sargento.

—Tambien se le ha ofrecido.

—¿Y qué?

—No ha querido darse á razones.

—En ese caso, no nos queda mas que un medio.

—¿Cuál?

—El de meter mucho ruido.

—¡Oh! no hagais tal, querido Carlos, porque podriais comprometer-nos.

—¡Bah! no os dé ningun cuidado.

—Pero.....

—Repito que no tengais cuidado: retiraos un poco hácia este lado; yo llamaré como un sordo, gritaré como un ciego, abrirán al fin la puerta, y entonces os escurris detrás de mí.

—Probadlo.

El jóven príncipe empezó nuevamente á llamar á Lorenzo, empujó en seguida la puerta con brio, y armó despues un ruido tan infernal golpeando con el puño de su espada que el suizo gritó hecho una furia:

—¿Esas tenemos? pues bien: voy á llamar á mi oficial.

—¡Llámale, bribon, llámale! eso es precisamente lo que deseo hacer mas de un cuarto de hora.

Un momento despues oyéronse pasos al otro lado de la puerta, y la Reina y la señorita de Taverney se colocaron detras del conde de Ar-

ois, dispuestas á penetrar por el sitio, que segun todas las probabilidades iba á ofrecérseles.

Oyeron al suizo explicar á su superior la causa del ruido que acababa de escuchar.

— Los que se hallan á la puerta, decia el soldado, son, mi teniente, dos damas y un caballero que se han hartado de llamarme bribon, y que quieren entrár por fuerza.

— Claro está: ¿qué tiene eso de sorprendente, siendo como somos de palacio?

— De sorprendente nada, repuso el oficial; pero es el caso, caballero, que me está prohibido acceder á vuestra solicitud.

— ¡Prohibido! ¿y por quien?

— Por el Rey.

— Pero esa prohibicion tendrá sus escepciones, y supongo que el Rey no querrá que duerma fuera un oficial de palacio.

—A mí no me toca interpretar las intenciones del Rey, caballero; mi deber me prescribe tan solo el cumplir fielmente sus órdenes.

—Vamos, teniente, abrid siquiera la puerta, á fin de que podamos hablar de un modo mas cómodo, que el que permite la cerradura de la puerta.

—Ya os he dicho, caballero, que mi consigna es tener la puerta cerrada: de consiguiente, si sois como decís un oficial, escuso haceros ninguna otra observacion.

—Caballero teniente! estais hablando con el coronel de un regimiento.

—Entonces, dignaos escusarme, mi coronel, porque mi consigna es terminante.

—Pero esa consigna no alcanzará hasta un príncipe, supongo. Vamos, caballero oficial, un príncipe no puede dormir fuera de palacio, y yo lo soy.

— Me poneis en un grande apuro, príncipe, pero repito que la orden del Rey es terminante.

— ¿Os ha ordenado el Rey, por ventura, que rechaceis á su propio hermano, como si fuera un ladrón, ó un mendigo? Pues bien, caballero, soy el conde de Artois, y ¡por Dios, que arriesgais demasiado en consentir que me esté helandó á la puerta!

— El cielo es testigo, serenísimo señor, dijo el teniente, de que daría gustoso por vuestra alteza real toda mi sangre; pero el Rey me ha hecho la honra de decirme personalmente, al confiarme la custodia de esta puerta, que no la abriese á nadie, incluso á S. M., despues de las once de la noche; y de consiguiente, Monseñor, véome precisado á hacerlo así: perdoneme, pues, V. A. el que resista á sus deseos, porque yo no soy mas que un soldado, y aun cuando viese en vues-

tro lugar á S. M. la Reyna, arre-
cida de frio, responderia á S. M.
lo mismo que acabo de tener el
sentimiento de responderos.

Y dándole en seguida las bue-
nas noches con el acento mas res-
petuoso, se volvió lentamente á su
puesto.

El soldado por su parte, que se
habia pegado, por decirlo asi, al
marco de la puerta, no se atrevi-
siquiera á respirar, y su corazon la-
tia con tal violencia, que si el con-
de de Artois se hubiera aproxima-
do un poco, hubiera podido oir las
pulsaciones.

— ¡ Ah! ! estamos perdidos! dijo
la Reyna á su cuñado, cojiéndole
la mano.

El príncipe no replicó pala-
bra.

— ¿ Saben en palacio que habeis
salido? preguntó al fin.

— Lo ignoro, repuso la Reyna.

— Entonces, hermana mia, quizás

la consigna haya sido dada exclusivamente para mí. El Rey sabe que salgo todas las noches, tal vez le habrán dicho que suelo retirarme tarde, y si esto ha llegado también á oídos de la condesa de Artois, se habrá quejado á S. M., y de aquí provendrá regularmente esa orden tiránica.

— ¡Oh! ¡no creais tal, hermano mio! yo os doy las mas expresivas gracias por la delicadeza que empleais para tranquilizarme, pero no dudeis que es por mí, ó mas bien contra mí, contra quien se ha dado esa orden!

— ¡Imposible, hermana mia; eso es imposible! El Rey os estima.....

— Sí; pero entre tanto me hallo á la puerta sin poder entrar, y mañana resultará un escándalo vergonzoso de la cosa mas sencilla é inocente. ¡Oh! ¡tengo un enemigo cerca del Rey! lo sé, á no du-

darlo.

— Es muy posible, hermana mia; pero..... Me ocurre una idea.

— ¿Una idea? veamos, decidla pronto.

— Sí, una idea, que va á volver á vuestro enemigo un majadero, mucho mas bestia que los asnos que llevan ronzal.

— ¡Oh! con tal de que nos salveis del ridículo de esta posicion, es todo cuanto os pido.

— Asi lo espero á fé mia. ¡Oh! si él es mas sabio que yo, ¡en cambio no soy tan inocente como él!

— ¿Quién es él?

— ¡Bah! ¿quién ha de ser? el señor conde de Provence.

— ¡Ah! ¿convenís, pues, conmigo en que el conde es mi enemigo?

— Pues qué, ¿no es enemigo, por ventura, de todo aquel que, es jóven y tiene buena cara, y de to-

do aquel que puede..... lo que para él no es posible?

— ¿Sabeis algo, hermano mio, acerca del origen de esa consigna?

— Tal vez sí; pero, ante todas cosas, alejémonos de aquí, porque hace un frio terrible. Venid conmigo, querida hermana.

— ¿A dónde?

— Luego lo vereis; á cualquier parte donde haga al menos mas calor; venid, repito, y en el camino os diré lo que pienso acerca de esa maldita orden de cerrar la puerta. ¡Ah, señor de Provence, señor de Provence, mi caro é indigno hermano!.... Dadme el brazo, hermana mia, y vos, señorita de Taverney, agarraos de este otro..... eso es; ahora volvamos á la derecha.

Y asi diciendo, pusieronse los tres en marcha.

— ¿Deciais, pues, que M. de Provence?... prosiguió la Reyna.

— Decia, mi querida hermana,

que a prima noche, y cuando el Rey acababa de comer, vino M. de Provence al gabinete grande, y halló en él á S. M., quien habia estado hablando largo rato durante el dia con el conde de Haga, y al cual dijo aquel que no os habia visto.

—No lo extraño, porque serian las dos cuando partí para Paris.

—Lo sabia, pero, permitidme, querida hermana, que os diga que el Rey no se acordaba mas de vos, que de Aroun-al-Raschild, y de su gran visir Giaffar, embebido como se hallaba en su conversacion de geografia. Escuso advertiros que lo escuchaba por mi parte con la mayor impaciencia, porque yo tambien tenia que salir..... ¡Ah! perdonad, probablemente saldriamos con muy diverso objeto, y creo haber dicho un disparate.

—Adelante.

—Torzamos ahora á la izquierda.

— Pero á dónde me llevais ?

— Aquí cerca, como unos veinte pasos; andad con cuidado, porque hay por aquí un ventisquero de nieve... ¡ Ah! señorita de Taverney, si soltais mi brazo, vais á caeros sin remedio.

— En una palabra, volviendo á lo que ha poco hablábamos, hallábase enteramente embebido S. M. con la longitud, cuando M. de Provence le dijo de buenas á primeras: ¡ Cuánto siento no poder presentar hoy mis respetos á la Reyna! »

— ¡ Ah! Ah! exclamó Maria Antonieta.

— La Reyna come en su cuarto; respondió el Rey.

— ¡ Cómo! pues yo la creía en Paris; añadió mi hermano.

— No; está en su cámara; respondió el Rey tranquilamente.

— En ese caso, no se habrá dignado recibirme, repuso M. de Provence, porque ahora mismo, vengo

de allí, y me han dicho que no estaba.

Al oír estas palabras, frunció el Rey las cejas, nos despidió á mi hermano y á mi, y sin duda, fue á informarse, así que nosotros partimos. Ya sabeis que Luis tiene á veces sus puntas de celoso, y como probablemente le rehusarian de vuestra parte la entrada en vuestra cámara, quizás haya concebido alguna sospecha.

—Efectivamente; Mad. de Misery tenia esa orden.

—Entonces ya no cabe duda alguna de que ha dado esa consigna tan severa, para asegurarse de vuestra ausencia.

—¡ Oh ! confesad , conde, sin embargo , que esa orden es una medida atroz !

—Lo confieso ; pero ya hemos llegado.

—¡ Como ! ¿ á esta casa ?...

—¿ Os desagrada , hermana mia ?

—Nada de eso, pero, y si vuestros criados...

—¿Qué?

—¿Llegan á verme?

—Entrad sin cuidado, hermana mia; yo salgo responsable de que nadie os verá.

—¿Ni el que va á abrirnos la puerta? preguntó la Reyna.

—Nadie absolutamente.

—Eso es imposible.

—Vais á probarlo; exclamó riéndose el conde de Artois.

Y al estender el brazo hácia la puerta, se lo detuvo la Reyna diciéndole:

—Mirad lo que haceis, hermano mio; no váyais, por Dios, á comprometerme.

El príncipe apoyó entonces la otra mano sobre un panel, esculpido con la mayor elegancia, y la puerta se abrió por sí sola.

La Reyna no fue dueña de reprimir un movimiento de temor.

— Entrad sin miedo alguno, hermana mia, le dijo el príncipe; ya estais viendo que no hay nadie hasta la presente.

La Reyna miró á Mad. de Taverney á guisa de aquel que se prepara á correr un riesgo, y atravesó el umbral con uno de esos gestos encantadores, peculiares, que quieren decir: Sea lo que Dios quiera!

Así que los tres estuvieron dentro, volvió á cerrarse la puerta sin ruido.

Lo primero que se ofreció á la vista de la Reyna fue un pórtico de estuco con el basamento de mármol, y el cual, si bien no tenia gran estension, era en cambio del gusto mas perfecto: el pavimento era un mosaico que figuraba ramilletes de flores, y veíanse sobre las consolas de mármol cien rosales pequeños y apiñados, cuyos perfumados capullos, tan raros en aquella estacion, sobresalian por encima de magníficos

jarrones de china.

Sentíase allí un calor tan dulce, y embriagaba de tal modo los sentidos el delicioso aroma que allí se respiraba, que al llegar al vestíbulo, las dos señoras olvidaron no solamente sus temores, sino gran parte también de sus escrúpulos.

—Ahora que ya tenemos un asilo, dijo la Reyna, y un asilo tan cómodo como abrigado, resta, hermano mio, que hagais una cosa.

—¿Cual?

—Alejar de aquí á vuestros servidores.

—¡Oh! nada hay mas sencillo, repuso el príncipe.

Y asiendo un tirador que se hallaba colocado en el hueco de una media caña de una columna, hizo resaca un timbre, que, despues de dejar oír un golpe sonoro, vibró misteriosamente en las profundidades de la escalera.

Las dos damas dejaron esca-

par entonces un ligero grito de espanto.

—¿Es así, hermano mio, como alejais á vuestros criados? preguntó la Reyna; eso mas bien parece llamarlos que otra cosa.

—Si llamase segunda vez, si, porque entonces se presentaria alguno; pero como no he dado mas que un solo golpe, no vendrá nadie, hermana mia; os respondo de ello.

La Reyna se echó á reir.

—No puedo menos de confesar, dijo, que sois muy precavido.

—Ahora, mi querida hermana, continuó el príncipe, dignaos subir al primer piso, puesto que no me parece regular que os quedeis en el pórtico.

—Obedezcamos, dijo la Reyna: así como así, el génio de esta casa no me parece muy malévolo.

Y empezó á subir la escalera, precedida del príncipe, sin que se

oyesen sus pasos, que sofocaba completamente la magnífica alfombra de Aubusson con que aquella se hallaba cubierta.

Así que llegaron á lo alto de la escalera, el príncipe agitó otro tirador, cuyo sonido hizo estremecer de nuevo á la Reyna y á Mad. de Taverney, las cuales no estaban prevenidas. Pero su sorpresa se aumentó, al ver que las puertas de este piso se abrieron por sí solas.

— ¿Sabeis, Andrea, que principio á tener miedo? dijo la Reyna; y vos?

— Por mi parte, señora, estoy dispuesta á seguir á V. M. con la mayor confianza.

— Lo que estais viendo, dijo el príncipe, es la cosa mas sencilla del mundo, hermana mia: esa puerta que teneis enfrente es la de vuestro aposento. ¡Mirad!

E indicaba á la Reyna un mag-

nífico retrete, cuya descripción no queremos omitir.

Una pequeña antecámara, con las paredes cubiertas de palo de rosa, con dos graderías de Boule, artesonado de Boucher, y el pavimento de la madera que cubria las paredes, conducía á un gabinete vestido de casimir blanco, cuya tela estaba sembrada de flores bordadas á mano por las mas hábiles artistas de aquel tiempo.

El mueblaje de este gabinete consistia en una tapiceria de torzal de seda, matizada con aquel primor que hacia pasar un tapiz de los Gobelins en aquella época, por un cuadro pintado de mano maestra.

Detrás del gabinete habia un magnífico dormitorio vestido de azul, y colgado con riquísimas cortinas de encaje y de seda de Tours. Un lecho suntuoso colocado en una alomba de escasa claridad, un fuego vivificador en una chimenea de már-

mol blanco, doce bugías perfumadas que ardian sobre candelabros de Clodion, y una mampara de laca azulada con bordados chinescos de oro, fueron las maravillas que se ofrecieron á la vista de las dos señoras, al penetrar tímidamente en esta elegante cámara.

Ningun ser viviente se mostraba por ninguna parte; el calor, la luz, y todos cuantos encantos ofrecia aquella habitacion, existian, sin que se pudiesen adivinar las causas que producian tan mágicos efectos.

La Reyna, que habia mostrado ya alguna reserva al entrar en el gabinete, permaneció indecisa por un instante en el dintel de la puerta del dormitorio.

El príncipe trató de escusarse en la forma mas delicada de la necesidad en que se veia de confiar á su hermana un secreto, indigno de ella.

La Reyna se limitó á responder-

le con una sonrisa casi impereceptible; pero mucho mas espresiva que cuantas palabras hubiera podido pronunciar.

—Hermana mia, añadió entonces el conde de Artois, esta casa es la que yo habitaba de soltero; en la actualidad yo soy el único que penetra en ella, y siempre solo.

—¿Casi siempre? dijo la Reyna.

—No; siempre.

—¡Ah! exclamó la Reyna.

—A mayor abundamiento, continuó el príncipe, os diré que hay en el gabinete en que estais, un sofá y una butaca, sobre los cuales he dormido una poreion de veces tan bien ó mejor que en mi lecho, euando he venido aqui por haberme sorprendido la noche cazando.

—Comprendo, no obstante, hermano mio, que la condesa de Artois se inquiete de vez en cuando.

—No digo que no, hermana mia;

confesad, sin embargo, que si la condesa siente esta noche esa inquietud á que aludis, no tiene razon para ello.

— Esta noche, no diré lo contrario, pero lo que es otras.....

— El que una vez se engaña, hermana mia, se engaña siempre.

— Abreviemos, dijo la Reyna sentándose sobre una butaca. Me siento tan abrumada de cansancio..... ¿y vos, mi pobre Andrea?

— ¡ Oh ! si he de deciros la verdad, señora, no puedo ya tenerme en pie; asi pues, si V. M. me permite...

— En efecto, señorita, os poneis muy pálida, repuso el conde de Artois.

— Haced lo que querais, amiga mia, añadió la Reyna; sentaos, y hasta acostaos si teneis gana; supongo que el señor conde de Artois nos cederá esta habitacion; ¿no

es verdad, Carlos?

—En toda propiedad, señora.

—Un momento, conde, escuchad una palabra mas.

—Decid.

—¿Cómo hemos de llamarnos, si algo se nos ofrece?

—Ninguna necesidad tendreis de mí, hermana mia; disponed á vuestro arbitrio de la casa, ya que os dejo instalada en ella.

—¡Ah! ¿con que es decir que hay ademas de esta algunas otras habitaciones?

—Claro está: entre otras cosas tiene un comedor, que os invito á visitar.

—Y en el cual estará la mesa puesta: ¿no es cierto?

—No puedo negároslo; sobre ella encontrará la señorita de Taverney una taza de caldo, que le sentará perfectamente, puesto que aparenta estar algo desfallecida, un aloncito y un dedo de vino de Jerez, al

paso que vos, hermana mia, hallareis tambien una coleccion de frutas cocidas, de esas que tanto os agradan.

—¿Y tendremos todo eso sin necesidad de criado?

—Ni uno siquiera.

—Lo veremos. ¿Y despues?

—¿Cómo despues?

—Si, ¿cómo nos gobernamos despues para regresar á palacio?

—Lo que es mientras dure la noche no hay que pensar en ello, porque la consigna es terminante: pero la consigna dada por la noche espira al venir el dia, y las puertas se abren para todo el mundo á las seis de la mañana. De consiguiente en saliendo de aqui á las seis menos cuarto, llegais á tiempo; en esos estantes hallareis capas de todos colores y de todas formas, con las cuales podreis disfrazaros; tomad pues las que mas os acomoden: entrad como os he dicho en palacio;

id á vuestra cámara; acostaos en seguida, y no os inquieteis por lo demas.

— ¿Y vos?

— ¿Cómo yo?

— Sí; ¿qué pensais hacer?

— Yo me marchó de esta casa.

— ¿Conque es decir, hermano mio, que hemos venido á echaros?

— Ya supondreis, hermana mia, que no sería conveniente que yo pasase la noche bajo el mismo techo que vos.

— Pero siempre necesitareis un asilo, puesto que nosotras os robamos el vuestro.

— ¡Bah! todavia me quedan otros tres semejantes á este.

La Reyna se echó á reir, y repuso en seguida en tono de broma:

— ¡Y decia que la condesa de Artois no tenia motivo para inquietarse! ¡Oh! yo se lo diré.

— Bueno! entonces yo se lo diré todo al Rey; dijo el príncipe en el

mismo tono.

—Tiene razon: estamos á discrecion suya.

—Lo cual es en extremo humillante; pero, ¿qué remedio?

—Ninguno mas que someterse. Deciais pues, que para salir por la mañana sin que nadie nos vea...

—No teneis mas que agitar una sola vez el tirador de la columna de abajo.

—¿De la de la derecha ó de la de la izquierda?

—Es igual.

—¿Y se abrirá la puerta.

—Y volverá á cerrarse.

—¿Por sí sola?

—Por sí sola.

—Gracias; buenas noches, hermano mio.

—Buenas noches, hermana.

Y saludando cortesmente, salió el príncipe de la estancia, cuyas puertas cerró Andrea en seguida.

LA ALCOBA DE LA REYNA.

A la mañana siguiente, ó por mejor decir, aquella misma mañana, puesto que nuestro último capítulo debió quedar terminado á las dos de la noche, el Rey Luis XVI vestido con una bata de color de violeta, con el cabello despeinado y sin empolvar, y tal, en fin, como acababa de salir de la cama, llamó á la puerta de la antecámara de la Reyna.

La camarista que estaba de servicio, entreabrió la puerta, y exclamó al reconocer á S. M.

—¡ Señor!...

—¿Y la Reyna? preguntó Luis XVI con aspereza.

—S. M. duerme, señor.

El Rey hizo un ademán, indicando á la camarista que le dejase el paso libre; pero esta no se movió.

—¡ Eh! dijo el Rey; no os moveis; ¿no estais viendo que quiero pasar?

Luis XVI tenia á veces arranques tan súbitos, que sus enemigos los calificaban de brutalidad.

—La Reyna no se ha despertado todavia, señor, objetó la camarista con timidez.

—Ya os he dicho que me dejéis pasar, replicó el Rey.

Y así diciendo, apartó á la camarista y pasó.

Cuando llegó á la puerta del

dormitorio de la Reyna , vió á Mad. de Misery , camarera mayor de S. M. que estaba leyendo en su devocionario, la cual se levantó respetuosamente al ver al monarca , diciéndole :

— Señor , S. M. la Reyna no ha llamado aun.

¡ Ah ! ¡ conque no ha llamado ! repuso el Rey con acento burlon.

— Todavía no son mas que las seis y media , segun creo , y S. M. no llama nunca hasta las siete.

— Pero ¿ estais segura de que S. M. se halla en su cama , y de que no ha despertado aun ?

— No me atreveré , señor , á afirmar que esté durmiendo en este instante ; pero de lo que si respondo , es de que S. M. se halla en su lecho.

— ¿ Estais segura ?

— Si señor.

No pudiendo ya el Rey contenerse por mas tiempo , se dirigió á la

puerta sin vacilar, y alzó precipitadamente el dorado picaporte.

La alcoba de la Reyna estaba tan oscura como si fuera media noche: las cortinas, las persianas y los postigos de los balcones se hallaban tan herméticamente cerrados, que no dejaban penetrar ni el mas leve rayo de luz.

Una lamparilla que estaba ardiendo sobre un velador, colocado en el ángulo mas retirado de la habitacion, dejaba la alcoba de la Reyna bañada en la mas completa sombra, y las inmensas cortinas de seda blanca, sembradas de flores de lis, bordadas de oro, ondulaban en desórden sobre el lecho.

Dirigióse hácia él Luis XVI con acelerados pasos, y cuando se hallaba ya muy cerca, detúvose estupefacto al oir esclamar á la Reyna.

— ¡ Oh ! ¿ Qué ruido haceis , madama de Misery ? Me habeis desper-

tado.

—No es madama de Misery, murmuró el Rey.

—¡Cómo! ¿Sois vos, señor? añadió Maria Antonieta incorporándose.

—Buenos dias, señora, dijo el Rey entre incomodado y risueño.

—¿Que buen viento os trae tan temprano? le preguntó la Reyna, ¡Madama de Misery, Mad. de Misery! abrir esos balcones.

A esta orden entraron las camaristas y segun costumbre, abrieron al instante todas las puertas y ventanas para dejar libre paso á las corrientes de aire puro, que Maria Antonieta respiraba con la mayor delicia todas las mañanas al despertar.

—Se conoce que estábais, señora, en lo mejor de vuestro sueño, dijo el Rey, sentándose cerca de la cama despues de haber lanzado en torno del aposento una mirada in-

vestigadora.

—En efecto, señor, estuve leyendo hasta bastante tarde, y si V. M. no me hubiera despertado, es muy probable que aun estaria durmiendo.

—¿Y por qué no recibísteis ayer?

—¿A quien? ¿A vuestro hermano, M. de Provence? exclamó la Reyna con una presencia de espíritu, que desconcertó las sospecha del Rey.

—Justamente, repuso Luis XVI; mi hermano vino á ofreceros sus respetos, y no entró...

—¿Por qué?

—Porque le digeron que habiais salido.

—¿Eso le dijeron? preguntó negligentemente la Reyna. Mad. de Misery! Mad. de Misery!

La camarera mayor acudió al momento, trayendo sobre una bandeja de oro una porcion de billetes, dirigidos á la Reyna.

¿Me ha llamado S. M.? preguntó desde la puerta.

—Sí; ¿es verdad que dijeron ayer á M. de Provence que me hallaba yo fuera de palacio?

Mad. de Misery dió un pequeño rodeo por no pasar por delante del Rey, y alargó en seguida á la Reyna la bandeja en que venian las cartas, conservando una entre los dedos, cuya letra reconoció al instante María Antonieta.

—Responded á lo que el Rey va á preguntaros, Mad. de Misery, prosiguió la Reyna en el mismo tono; decid á S. M. lo que contestaron ayer á M. de Provence cuando se presentó en mi antecámara, porque yo no lo recuerdo bien.

—Señor, dijo Mad. de Misery mientras que la Reyna abria la carta; monseñor el conde de Provençe vino ayer á ofrecer sus respetos á S. M., y yo le respondí que S. M. no recibia.

—¿Y de orden de quién le dijisteis eso?

—De orden de la Reyna.

—¡Ah! exclamó el Rey,

Durante este tiempo, la Reyna habia abierto la carta, y leído las siguientes líneas:

«Habeis regresado ayer de París y entrado en palacio á las ocho de la noche; Lorenzo os ha visto.»

En seguida abrió con la misma aparente negligencia otras cinco ó seis cartas, billetes y memoriales, que quedaron esparcidos encima de la sobrecama, y dijo alzando la cabeza hácia el Rey:

—Ya lo habeis oído, señor.

—Gracias, señora! dijo el Rey dirigiéndose á la camarera.

Mad. de Misery se retiró.

—¿Tendriais, señor, la bondad, dijo la Reyna, de ilustrarme acerca de una duda que me ocurre?

—Decid, señora.

—Acerca de si soy ó no libre para recibir ó no recibir á M. de Provence.

— ¡Oh! enteramente libre; pero.....

—Pero su genio y su carácter me son insoportables; qué se le ha de hacer: luego, sé que no me aprecia, y le pago en la misma moneda. Así es que, como estaba esperando su fastidiosa visita, me metí en la cama á las ocho con el objeto de tener un pretesto fundado para no recibirle. Pero... ¿qué teneis, señor?

—Nada, nada.

—Cualquiera diria que dudais de lo que acabo de deciros.

—Pero...

—¿Qué?

—Yo os creia en París.

—¿A qué hora?

—Precisamente á la que pretendis hacerme creer que os acostáis-teis.

—No os he negado yo que haya

ido á Paris: pero ¿qué tenemos con eso? ¿Habia algo, por ventura, que me impidiese regresar á Versailles?

—No tal: pero todo depende de la hora á que lo verificariais.

—¡Ah! ¡ah! ¿quereis saber, segun eso, á qué hora regresé?

—Si.

—Nada mas fácil, señor.

La Reyna volvió á gritar:

—Mad. Misery!

La camarera mayor acudió al punto.

—¿Qué hora era cuando regresé ayer, de París? la preguntó la Reyna.

—Serian sobre las ocho, señora.

—Eso no es posible, repuso el Rey; por fuerza debeis estar equivocada, Mad. de Misery; miradlo bien.

La camarera sin turbarse gritó á su vez:

—Mad. Duval!

—Señora! repuso una voz.

—¡A qué hora vino S. M. de París ayer noche?

—Serian cosa de las ocho, repuso la camarista.

—Creo que os equivocais, Mad. Duval; dijo Mad. de Misery.

Mad. Duval se asomó á uno de los balcones de la antecámara, y llamó desde allí:

—Lorenzo!

—¿Qué Lorenzo es ese? preguntó el Rey.

—Es el conserge de la puerta por donde entró ayer S. M., contestó Mad. de Misery.

—Lorenzo! volvió á gritar Mad. Duval ¿qué hora era cuando entró S. M. la Reyna ayer noche?

—Serian las ocho; contestó el conserge desde abajo.

El Rey bajó la cabeza.

Mad. de Misery despidió á Mad. Duval, la cual hizo otro tanto con Lo-

renzo.

Ambos esposos quedaron solos.

Luis XVI estaba confundido, y hacia los mayores esfuerzos por ocultar su vergüenza.

Pero la Reyna, en vez de manifestarse triunfante con la victoria que acababa de alcanzar, le dijo con glacial indiferencia:

—Ahora, señor, sepamos qué deseais saber.

—¡Oh! nada, nada! exclamó el Rey estrechando las manos de su esposa.

—Sin embargo...

—Perdonadme, señora, porque no acierto siquiera á explicarme á mí mismo lo que se me habia metido en la cabeza. Pero, eso ya se acabó: miradme á la cara, y vereis que mi regocijo es tan grande como mi arrepentimiento.—¿No es verdad que no estais enfadada conmigo? ¡Ah! no os enojeis, porque me causaríais un sentimiento.

—La Reyna retiró su mano de entre las del Rey.

—¿Que hacéis, señora? la preguntó entonces Luis.

—Señor, una Reyna de Francia, respondió Maria Antonieta no miente jamás!

—¿A que viene eso? preguntó el Rey sorprendido.

—Quiero deciros que no he regresado á las ocho de la noche!

El Rey retrocedió asombrado.

—Quiero deciros, continuó la Reyna con la misma sangre fría, que he regresado á las seis de esta mañana....

—Señora!

—Y que á no ser por el señor conde de Artois que me ofreció un asilo, y que me alojó por caridad en una casa suya particular, me hubiera visto precisada á quedarme como una pobre de pedir limosna á la puerta de palacio.

—!Ah! con que era verdad que

no habiais vuelto? exclamó el Rey con aire sombrío: con que tenia razon?

—Permitidme, señor, que os advierta que de lo que acabo de decirs sacais una deducccion de aritmética, pero no una conclusion de hombre galante.

—¿Por qué?

—Porque para saber la hora en que regresaba yo á palacio, no teniais necesidad de cerrar las puertas ni de alterar vuestras consignas, sino solamente de venir á mi cámara y preguntarme: ¿A qué hora habeis vuelto, señora?

—¡Oh! exclamó el Rey.

—Ya habeis visto, señor, que vuestros espías han sido burlados ó ganados, vuestras puertas forzadas, ó abiertas de buena voluntad, vuestra aprension combatida, vuestras sospechas disipadas. Os habeis mostrado ademas pesaroso de haber hecho uso de la violencia contra una

muger que obraba en su derecho, y podia por lo tanto haber continuado gozándome en mi triunfo. Pero semejante proceder háme parecido vergonzoso para un monarca, é indecoroso para un caballero, y no he querido privarme de la satisfaccion de decíroslo.

El Rey se sacudió la pechera como hombre que quiere tomarse tiempo para meditar una contestacion.

— ¡Oh! no os canseis en balde, dijo la Reyna, porque no conseguireis hallar una excusa que os justifique á mis ojos.

— Al contrario, señora; creo que la hallaré muy fácilmente. ¿Había, por ventura, en palacio ni una sola persona que pudiese sospechar que no habiais vuelto? Pues bien, si nadie lo sospechaba, nadie podrá presumir tampoco que mi órden de mandar cerrar las puertas no se referia á vos. Poco me im-

porta, por lo tanto que la hayan atribuido á las calaveradas del señor conde de Artois ó de cualquiera otro; eso no me apura.

—¿Y qué deducís de ahí? dijo la Reyna interrumpiéndole.

—Deduzco, señora, que habiendo salvado respecto á vos las apariencias, no teneis razon para quejarnos de mí, al paso que yo sí la tengo para quejarme de vos, porque no habeis hecho otro tanto: deduzco ademas, que no habiendo sido otro el objeto de esa órden que el daros una lección secreta, si esta la habeis aprovechado, y así lo creo á juzgar por la irritacion que acabais de manifestarme, tampoco tengo por qué arrepentirme de lo hecho.

La Reyna habia ido calmándose gradualmente á medida que escuchaba la respuesta de su esposo; esta calma no queria decir, sin embargo, que S. M. estuviese menos

irritada, sino que aprestaba todas sus fuerzas para la lucha, que, lejos de haber concluido comenzaba, á su juicio, en aquel momento.

— ¡Muy bien! repuso María Antonieta: ¿conque es decir, señor, que no os arrepentís de haber dejado helándose á la puerta de su morada, como pudiérais haberlo hecho con una muger cualquiera, la hija de María Teresa, vuestra esposa, la madre de vuestros hijos? Haceis bien, señor: eso no ha sido en vuestro concepto mas que una chanza régia, llena de sal ática, y cuyo fin moral aumenta por otra parte el valor á vuestros ojos; por lo visto, es lo mas sencillo del mundo el haber obligado á la Reyna de Francia á pasar la noche en la misma casita donde el conde de Artois recibe á las bailarinas de la ópera y á las aventureras de vuestra corte!.... Pero, ya se vé, un Rey, sobre todo un Rey filósofo, tal co-

mo vos lo sois, no habia de ir á reparar en estas miserables vagate-las!.... Tened en cuenta, sin embargo, que quien ha representado aqui el mejor papel ha sido M. de Artois. Reflexionad tambien en que me ha hecho un señalado servicio, y no olvideis tampoco que tengo que dar muchas gracias al cielo por la disipacion de mi cuñado, puesto que esa disipacion ha servido de manto á mi vergüenza, y puesto que sus vicios han sido esta vez la salvaguardia de mi honra!

El Rey se ruborizó al oir estas palabras, y se estremeció en su asiento.

—¡Oh! no ignoro, señor, continuó la Reyna, que sois un monarca, dechado de moralidad, pero ¿habeis reflexionado acaso en los resultados que puede traernos en la ocasion presente esa virtud?... Habeis dicho que nadie sabia á qué hora he regresado, puesto que vos mismo

creiais hace un momento, de que he pasado aquí la noche!... Pero ¿y vuestro instigador M. de Provence? ¿Y M. de Artois? ¿Os figurais, por ventura, que estos lo habrán creído? ¿Lo habrán creído tambien mis camaristas las cuales acaban de mentir por habérselo yo mandado? ¿Lo habrá creído ese Lorenzo, á quien M. de Artois y yo tenemos ganado? Confesad, señor, que si el Rey tiene siempre razon, tambien suele tenerla la Reyna algunas veces. Contraigamos, pues, si gustais el hábito, vos de rodearme de espías y de soldados suizos, y yo el de ganar á vuestros suizos y á vuestros espías, y ya vereis cómo antes de un mes, porque me conocéis lo bastante para saber que no podré contenerme, adicionamos á menudo la magestad del tronó y la dignidad del matrimonio con escenas semejantes á la de esta mañana; contraigamos, si os place, esta costumbre, vereis

entonces lo que ambos ganamos con ella.

Estas palabras debian producir necesariamente gran efecto sobre aquel á quien iban dirigidas; asi es, que Luis XVI repuso con alterada voz:

—Ya sabeis, señora, que soy sincero, y que confieso francamente mis faltas. Pero ¿me probareis con ellas, por ventura, que habeis hecho bien en salir de Versalles en un trineo, y acompañada de algunos caballeros de vuestra servidumbre, atronados calaveras que no pueden menos de comprometeros en los calamitosos tiempos que alcanzamos? ¿Pretendeis acaso convencerme de que habeis hecho bien en desaparecer con ellos en medio de Paris, como las máscaras en un baile, y en no regresar hasta la noche, y á una hora muy avanzada, mientras que mi lámpara se agota alumbrando mi trabajo, y cuando todo

el mundo está ya recogido? Habeis hablado, señora, de la dignidad del matrimonio, de la magestad del trono, y de vuestra cualidad de madre!.... ¿Pero es propio acaso, de una madre, de una Reyna, y de una esposa, lo que habeis hecho?

—Voy á responder á esos cargos en dos palabras, y os prevengo, señor, que voy á hacerlo mucho mas desdeñosamente de lo que lo he hecho hasta aquí, porque á decir verdad algunos de los puntos de vuestra acusacion solo merecen mi desden.

Salí de Versalles en trineo para llegar mas pronto á París; iba acompañada de la señorita de Taverney, cuya reputacion á Dios gracias, es una de las mas respetadas en la corte, y el objeto de mi viaje no ha sido otro que el hacer por mí misma lo que el Rey de Francia, ese padre de la gran familia,

ese Rey filósofo, ese sosten moral de todas las conciencias, ese bienhechor que ha dado de comer á los pobres extranjeros, y abrigo á los mendigos, y cuya piedad le ha grangeado el amor de su pueblo, no ha hecho todavía; he ido á socorrer en persona á una pobre infeliz, á quien el Rey dejaba morir de hambre, envejecer en el olvido, y espuesta á todos los ataques del vicio y de la miseria; á una pobre muger de su misma familia; á una descendiente, en fin, de los Reyes que han gobernado á la Francia.

— ¡Yo! exclamó el Rey sorprendido.

—He subido, continuó la Reyna, á una especie de palomar, y he hallado en él falta de dinero, de luz, y de lumbré, á la nieta de un gran príncipe, á la víctima del olvido y de la negligencia real, á quien he dado cien luises! Y como me he re-

tardado, reflexionando sobre lo deleznable de nuestras grandezas... porque habeis de saber que yo tambien suelo filosofar algunas veces..... como la helada era grande, y como los caballos no pueden caminar ligeros sobre su tersa superficie, máxime cuando estos caballos son de coche de alquiler.....

— ¡Cómo! ¿habeis regresado en un simon? exclamó el Rey.

— Sí, señor; en un simon que tiene el número 107.

— ¡Oh! ¡Oh! murmuró Luis XVI moviendo la pierna derecha que tenia cruzada sobre la otra, lo cual era síntoma en él de una gran impaciencia. ¡En un coche simon!

— Sí, y muy contenta de haberlo hallado, repuso la Reyna.

— Nada os echo en cara, señora, dijo el Rey interrumpiéndola: habeis obrado bien, como siempre, y me complazco en reconocer la no-

bleza de vuestras inspiraciones, las cuales quizás no tienen otro achaque que la ligereza con que so-
leis ponerlas en ejecucion; pero hasta esa falta os enaltece á mis ojos, porque es hija de la generosidad que os distingue.

— Os doy, señor, las mas expresivas gracias, repuso la Reyna en tono sarcástico.

— Tened presente, sin embargo, continuó el monarca, que ni siquiera he pensado que pudiéseis hacer nada contrario á las leyes de la rectitud y del decoro; lo único que me ha disgustado, ha sido el modo aventurero, por decirlo así, con que ha hecho la Reyna ese viage. Repito, pues, que habeis obrado bien, como siempre; pero al hacer bien á los demas, os conducís de manera que os haceis mal á vos misma, y eso es precisamente lo que yo he querido reprenderos. Ahora bien, no hablemos mas del asunto,

y si tengo que hacer alguna reparacion, si tengo que velar por la suerte de una familia descendiente de régia estirpe, decidme quién es esa infortunada, y os empeño mi real palabra de que no esperará mucho tiempo mis beneficios.

— El apellido de Valois es bastante ilustre en mi concepto, para que se haya borrado, señor, de vuestra memoria.

— ¡Cómo! exclamó Luis XVI riendo á carcajada tendida; qué apostamos á que adivino de quién que-
reis hablarme: decid, señora; ¿esa Valois, no es una cierta condesa de..... esperad, una cierta condesa de.....

— De La Motte.

— Precisamente, de La Motte, eso es, si mal no recuerdo; está casada con un gendarme?

— Asi es en efecto.

— Y ha de ser una intrigantona...
¡Oh! no os incomodeis, señora, por-

que me consta de una manera positiva que esa muger es capaz de remover cielo y tierra; por de pronto no deja sosegar á los ministros, acosa constantemente á mis tias, y á mí mismo me trae loco y abrumado con sus memoriales, sus súplicas y sus pruebas genealógicas.

— Todo eso, señor, probará cuando mas, que hasta aqui no ha hecho mas que reclamar inútilmente.

— ¡ No digo que no !

— Pero en resumidas cuentas, ¿ es ó no una Valois ?

— ¡ Oh ! ¡ en cuanto á eso , creo que sí !

— Pues bien , en ese caso concedle una pension honrosa para ella, y un regimiento para su marido: proporcionadles , en una palabra , un modo de vivir decoroso para unos descendientes de linaje real.

— ¡ Oh ! señora , vamos despacio...
¡ Diantre ! no os tomeis tanto inte-

rés por esa ilustre Valois, porque bastante es ella por sí sola para desplumarme sin necesidad de que le presteis vuestro auxilio; no os dé pena, repito, porque la tal niña tiene un pico excelente.

— ¡Bah! repuso la Reyna; no temo que pueda desplumaros esa infeliz; ya sabeis, señor, que vuestros cañones tienen profundas raíces y están bien asegurados.

— ¡Una pension honrosa! ¡Válgame Dios, y cómo recetais! ¿Ignorais por ventura la sangria terrible que han sufrido este invierno nuestras arcas? ¡Un regimiento á ese gendarme que ha hecho la especulacion de casarse con una Valois!..... ¡Pues no faltaba mas! Además, señora, que no tengo regimiento alguno que dar, ni á aquellos que me lo paguen bien, ni á los que lo merecen! ¡Una renta digna de los reyes de quienes descenden, á esos mendigos!..... ¿Y cuando?

Cuando los reyes mismos tenemos menos recursos que algunos particulares..... Abí está si no el duque de Orleans que ha enviado á Londres para que se los vendan la mayor parte de sus troncos de mulas y caballos, y el cual se ha visto precisado ademas á suprimir las dos terceras partes de su servidumbre! Yo mismo, he tenido que enagenar mi jauria, y que encargar á M. de Saint-Germain que reduzca todo lo posible la guardia de mi persona!... Desengaños, señora, en estos tiempos, pequeños y grandes tenemos que imponernos ciertas privaciones.

—¡Pero no podeis menos de convenir conmigo en que no es justo que los Valois se mueran de hambre!

—¿Pues no acabais de decirme que les habeis dado cien luises?

—¡Vaya una limosna!

—Limosna digna de un monarca.

—Entonces, dadles otra igual de

vuestro bolsillo.

— Ya me guardaré de hacerlo. Basta y sobra lo que les habéis dado por nosotros dos.

— Pues concededles si no la pensión que antes os he pedido.

— Ni por pienso; nada de renta fija. Demasiado sabrán chuparos esas gentes poco á poco, porque debéis saber que pertenecen á la familia de las sanguijuelas. Asi, pues, cuando tenga voluntad de darles, yo les daré una suma, sin atender á sus precedentes y sin obligarme á nada para lo porvenir: en una palabra, yo les daré cuando tenga el dinero de sobra. Pero ahora que recuerdo, si os contara todo lo que sé respecto á esa Valois! Vamos, vamos, querida Antonieta, habéis sido sorprendida, y no culpo á nadie mas que á vuestro buen corazón.

Y al terminar estas palabras alargó Luis su mano á la Reyna, la

cual se la llevó á los labios cediendo á un involuntario impulso.

Pero reponiéndose casi en el mismo instante, la rechazó diciendo:

— ¡ Ah! no; no os quiero, porque no sois bueno para mí!

— ¡ Qué no me quereis! repuso el monarca; decis que no me quereis!..... ¡ Pues bien! yo por mi parte..... debo deciros en cambio.....

— ¡ Oh! sí; ¿ vais á decirme que me amais, cuando disponeis que se me cierren las puertas de Versalles, y os presentais en mi antecámara metiendo un ruido infernal, y abris la puerta de mi alcoba á las seis y media de la mañana, penetrando en ella con los ojos centellantes de cólera y hecho un basilisco?

El Rey se echó á reir, y repuso en seguida:

— Pues á pesar de todo eso, no

dudeis que os quiero.

— Gracias.

— ¿Qué me daríais si os lo demostrase?

— Hacedlo si podeis, y luego veremos.

— ¡Oh! puedo hacerlo muy fácilmente, replicó el Rey; como que traigo en mi bolsillo la prueba.

— ¡Bah! exclamó la Reyna con curiosidad, é incorporándose sobre las almohadas: ¿teneis, por ventura, alguna cosa que darme?..... ¡Oh! si tal hiciéseis, forzoso me seria confesar que sois efectivamente muy amable; pero os prevengo que no os creeré si no me presentais esa prueba ahora mismo. Por lo tanto no me vengais con subterfugios, porque no adelantareis nada.

Al oír á su esposa espresarse en estos términos, llevóse el Rey la mano al bolsillo, mostrando en su semblante una sonrisa llena de bondad,

y con una lentitud que redoblaba la avidez infantil de María Antonieta, con esa lentitud que hace patear á los muchachos de impaciencia cuando esperan un juguete, á los animales cuando aguardan una golosina, y á las mugeres cuando se han creído que van á darles algun dije, sacó de él al fin una cajita de tafi-lete encarnado, preciosamente grabada, y la cual tenia ademas lindísimos realces dorados.

—¡Una caja de aderezo! exclamó la Reyna; ¡ah! dejadme verla!

El Rey puso entonces la cajita sobre la cama, y apoderándose de ella María Antonieta, la abrió presurosa y exclamó llena de gozo al ver su contenido:

—¡Oh! ¡qué hermoso es, Dios mio! ¡qué cosa tan magnífica!

El corazon del monarca saltaba entonces de regocijo en tales términos, que parecia querer salirse del pecho.

—¿Qué tal? ¿os gusta? preguntó á la Reyna mirándola con ternura.

María Antonieta estaba tan embebida, que no contestó. Despues de haber permanecido algunos momentos mas contemplando la cajita, sacó de ella un collar de diamantes, tan gruesos, tan limpios, de tan hermosas luces, y tan bien labrados, que le parecia estar viendo correr por sus manos un rio de fósforo y de lumbre.

El collar ondulaba como los anillos de una serpiente, y sus escamas brillaban como un relámpago.

—¡Oh! es magnífico, dijo al fin la Reyna recobrando el uso de la palabra; verdaderamente magnífico! repitió animándose por momentos, ora fuese con el contacto de aquellas mágicas piedras, ó ya porque pensase que ninguna otra muger en el mundo podia tener otro igual.

—¿Estais contenta? preguntó el Rey.

—Estoy entusiasmada, señor, y me complazco en confesar que me haceis cada dia mas feliz.

—¿De veras?

—¿Pues no?..... mirad, mirad los diamantes de la primera vuelta; son tan gruesos como avellanas.

—Es verdad.

—Y tan iguales, que apenas se distinguen unos de otros. ¡Qué bien calculada está la graduacion de su tamaño! ¡Qué proporcion tan exacta guardan del primero al segundo, de este al tercero, y asi sucesivamente! ¡Oh! el diamantista que los ha reunido y de cuyas manos ha salido este collar, debe ser todo un artista.

—Son dos.

—Apostaria, entonces, á que lo han hecho Boehmer y Bossange.

—Asi es.

—¡Oh! demasiado sabia yo que solo ellos eran capaces de dar cima á tan árdua empresa. ¡No cabe duda alguna de que es una magnífica alhaja!

—Pero lo que no sabeis, Antonieta, repuso el Rey, es que ese collar os cuesta muy caro.

—¡Ah! exclamó la Reyna.

Y su frente, radiante de alegría pocos momentos antes, se oscureció de pronto.

Pero este cambio en su fisonomía se verificó con tal rapidez, y volvió á desaparecer con tal presteza, que el Rey no pudo notarlo.

—Vamos, Antonieta, ¿queréis hacerme un favor? preguntó el monarca.

—¿Qué?

—Dejadme que os ponga yo mismo ese collar.

La Reyna vaciló en responder un instante, y en seguida dijo con

acento melancólico:

—¿De veras, ha costado tan caro?

—A fé mia que sí, repuso el Rey; pero ya os he dicho que acabais de pagar por él mucho mas de lo que vale, y no adquirirá por lo tanto su nuevo valor hasta que esté en el sitio que le corresponde, es decir, en vuestro cuello.

Y así diciendo se aproximó á la Reyna Luis XVI, asiendo con cada mano una de las puntas del collar, para cerrar el broche, el cual era tambien un grueso diamante.

—No; no hagais tal, señor, exclamó la Reyna; basta ya de niñerías, volvedlo á colocar en la caja.

Y sacudió la cabeza para retirarla de las manos del Rey.

—¿Me negais, segun eso, el placer de que sea yo el primero que os lo vea puesto?

—Os juro, señor, que no haría tal cosa, si me decidiese á tomarlo, pero.....

—¿Qué? preguntó el Rey sorprendido.

—Que ni vos ni nadie verá nunca en mi garganta un collar de ese precio.

—¿Cómo! ¿pensais, acaso, no hacer uso de él?

—Ya os he dicho que no me lo pondré jamás!

—¿Conque es decir que lo rehusais?

—Rehuso, señor, llevar pendiente de mi garganta un millon ó millon y medio... porque siempre valdrá un millon quinientas mil libras, ¿no es verdad?

—Eh! no digo lo contrario, repuso el Rey.

—Decia, pues, que rehuso llevar en la garganta un millon ó millon y medio, cuando las arcas del Rey están vacias, y cuando el mo-

naíca se ve precisado á acortar sus limosnas y á decir á los pobre: «Perdonad por Dios, hermanos; no tengo dinero.»

— ¡Qué oigo! ¿Hablais formalmente, María Antonieta?

— Escuchad, señor. Recuerdo que un dia me dijo M. de Sartines que con un millon quinientas mil libras se podia construir un escelente navio de línea, y á decir verdad, creo señor, que el Rey de Francia tiene mucha mas necesidad de un navio que la Reyna de una joya.

— Oh! exclamó Luís XVI en el colmo de la alegría, y con los ojos preñados de lágrimas: lo que acabais de hacer, señora, es un rasgo de los mas sublimes: ¡gracias, Antonieta, gracias!..... sois la mejor de las esposas.

Y para coronar dignamente su cordial y sincera demostracion, el buen Rey dió un abrazo á Maria Antonieta, y la besó en la frente,

diciéndola en seguida:

— ¡Cuántas bendiciones os echará la Francia, cuando llegue á saberse lo que acabais de hacer por ella!

La Reyna exhaló un suspiro.

— ¿Suspirais, amiga mia? Aun estais á tiempo si quereis arrepentiros de vuestra generosidad.

— Este suspiro, señor, es de consuelo: cerrad pues la caja, y devolvédsela á los diamantistas.

— Debo advertiros, amiga mia, que tenia reunido ya el dinero para pagarlo, y que no se me seguiria estorsion alguna: de consiguiente, meditadlo bien, y no seais tan desinteresada.

— Ya lo he reflexionado bastante, y vuelvo á deciros que no me pondré ese collar; mejor preferiria otra cosa.

— ¡Diablo! ¡Adios millon y seiscientas mil libras!

— ¡Hola! ¡un millon y seiscien-

tas mil libras! ¿conque era tan caro?

—En efecto, señora; ya que se me ha escapado, no quiero volverme atrás.

—Tranquilizaos! lo que voy á pedir os ha de costar mucho menos.

—¿Qué es ello?

—Que me permitais volver otra vez tan solo á París.

—¡Oh! si no es mas que eso, nada mas fácil, ni mas barato.

—Es que aun no lo he dicho todo.

—¡Diantre!

—Quiero ir á París y á la plaza de Vandome.

—¡Diantre! ¡Diantre!

—A casa de M. Mesmer.

El Rey despues de un instante de meditacion dijo á su esposa:

—Concedido: ya que habeis rehusado un capricho de un millon seiscientas mil libras, no quiero negaros

en cambio lo que me pedís. Id, pues, cuando os plazca á ver á M. Mesmer, pero permitidme que os imponga á mi vez una condicion.

—¿Cuál?

—La de que os acompañe una princesa de la familia.

La Reyna reflexionó un instante, y en seguida dijo á Luis XVI:

—¿Quereis que me acompañe Mad. de Lamballe?

—Bien.

—¿Me empeñáis vuestra palabra?

—Y hasta lo firmaré, si es preciso.

—Gracias.

—Y yo, añadió el Rey, voy á mandar mientras tanto construir un navio de línea, el cual será bautizado con el nombre de *El collar de la Reyna*.—Vos, señora, sereis su madrina, y despues se lo enviaré á La Peyrouse.

Y besando la mano de su esposa, salió de la real cámara lleno de regocijo.

EL TOCADOR DE LA REYNA.

No bien salió el Rey de la cámara de Maria Antonieta, saltó esta del lecho y fue á asomarse á uno de los balcones para respirar el relente glacial de la mañana, la cual se presentaba clara, brillante y llena de ese encanto que comunica la primavera á ciertos dias del mes de Abril. A la cruda helada de la noche iba sucediendo el grato calor de un sol vivificante, y el viento, cambiado

repentinamente de Norte á Este, hacia tambien que la temperatura estuviese menos fria que los dias anteriores.

Si esta temperatura llegaba á conservarse por algunos dias, el invierno, el terrible invierno de 1784, iba á desaparecer enteramente, y asi lo revelaba la naturaleza entera.

Veianse ya, en efecto, surgir del encarnado horizonte esos vapores parduscos, los cuales no son otra cosa que la humedad huyendo delante del sol, y caer la escarcha poco á poco de los árboles, sobre cuyas ramas y endurecidos tallos se posaban pian-do alegremente algunos pajarillos.

La flor de Abril; el alhelí amarillo, agoviado hasta entonces por el yelo, como las pobres flores de que habla Dante, empezaba ya á er-guir su tallo ennegrecido por la ac-cion de la nieve, y bajo las hojas de la violeta, anchas, éspesas y du-

ras, se veía también el botón oblongo de la flor misteriosa lanzando sus dos hojuelas elípticas precursoras de su perfume.

En los paseos, sobre las estatuas, sobre los palos de los enrejados, se deslizaba el yeo convertido en diamantes ó en perlas cristalinas.

Todo anunciaba la lucha sorda de la primavera contra las escarchas, y presagiaba la próxima caída del invierno.

—Si queremos aprovechar las heladas, exclamó la Reyna como preguntando á la atmósfera, creo que debemos darnos prisa, puesto que va á llegar el buen tiempo. ¿No es verdad, Mad. de Misery?

—Si no me engaño, repuso esta, creo haber oído á V. M. que quería patinar en el estanque de los suizos.

—En efecto, dijo la Reyna; y como mañana sería ya tal vez demasiado tarde, he resuelto correr hoy

mismo.

—Entonces ¿á qué hora se preparará el tocado de vuestra magestad?

—Ahora mismo; almorzaré pronto y saldré en seguida.

—¿Tiene V. M. que darme algunas órdenes?

—Que veais si la señorita de Taverney se ha levantado, y que mandeis á decirle que deseo hablarla.

—La señorita de Taverney se halla ya en la antecámara de V. M., replicó la camarera.

—¿Como! ¿Tan temprano? preguntó la Reyna, que sabia mejor que nadie á qué hora se habia acostado Andrea.

—¡Oh! señora, hace mas de veinte minutos que aguarda allí á V. M.

—Decidla que entre.

En efecto, Andrea entró en el cuarto de la Reyna en el momento en que la primera campanada de las

nueve daba en el reloj del salon de Mármol.

Vestida ya con esmero, como toda cortesana que no tiene derecho á presentarse desaliñada ante la Reyna, la señorita de Taverney la saludó sonriéndose, al paso que revelando en su semblante cierta inquietud.

La Reyna se sonreia tambien, lo cual tranquilizó algun tanto á Andrea.

—Podeis marcharos, mi buena Misery, dijo María Antonieta á la camarera, y enviadme á Leonardo.

Y despues de haber seguido con la vista á madama de Misery, añadió cuándo esta hubo desaparecido:

—El Rey ha estado encantador, se ha reido, y le he desarmado.

—¿Pero ha sabido algo? preguntó Andrea.

—¿Pues no? ¿Habia de mentir siendo Reyna de Francia, y no tenien-

do que echarme en cara ninguna acción indigna?

—Es verdad, señora, respondió Andrea ruborizándose.

—Y sin embargo, querida Andrea, parece que hemos cometido un disparate.

—¿Un disparate, señora? ¡Oh! mas de uno indudablemente.

—Puede que tengais razon, y acaso sea el primero el habernos compadecido de Mad. de la Motte; el Rey no la quiere bien, y quién sabe si tendrá para ello algun fundamento; pero confieso, no obstante, que aquella infeliz ha sabido grangearse mis simpatías.

—¡Oh! V. M., dijo Andrea, juzga demasiado bien de todas las cosas, para que deje de ser respetable vuestra opinion.

—Leonardo espera vuestras órdenes, señora; dijo á este tiempo Mad. de Misery entreabriendo la mampara.

María Antonieta fue á sentarse delante de su tocador de plata sobredorada, y el hábil peluquero comenzó su tarea.

La Reyna tenia cabellos hermosísimos, y su coquetería consistia en hacer que todos los admirasen.

Leonardo lo sabia, y en lugar de trabajar con prontitud como lo hubiese hecho con respecto á otra señora, daba á la Reyna tiempo y lugar suficientes para que ella misma los admirase.

En este dia Maria Antonieta se hallaba contenta, gozosa, y radiante de hermosura. Sus ojos vagaban desde el espejo á Andrea, á quien dirigia las miradas mas tiernas y cariñosas, diciéndole al mismo tiempo:

—Vos, Andrea, que sois libre y noble, y respetada de todo el mundo, no habreis sido reprendida, supongo: preciso es confesar que sois prudente cual otra diosa Minerva.

— ¿Yo, señora? balbuceó Andrea.

— Sí, vos, vos, que llamais la atención á todos los pisaverdes de la corte. ¡Oh, Dios mio! Cuán feliz debeis consideraros en ser soltera, y sobre todo en contemplar dicha con vuestro estado!

Andrea se ruborizó, y dijo procurando sonreírse:

— Es un voto que he hecho.

— Y el cual estais dispuesta á conservar largo tiempo, ¿no es así, bella vestal? preguntó la Reyna.

— Así lo espero.

— ¡A propósito! exclamó la Reyna, me acuerdo.....

— ¿De qué, señora?

— De que sin estar casada tenéis desde ayer un dueño y un amante.

— ¿Un amante, señora?

— Sí, vuestro hermano Felipe; ¿no es este su nombre?

— Sí, señora.

El cual llegó.....

—Ayer, como V. M. me hizo el honor de decírmelo.

—¿Y no le habeis visto aun? ¡Qué egoísta soy! Os he separado de él para llevaros á París. En verdad que es imperdonable.

—¡Oh! señora, dijo Andrea sonriendo, os perdono con todo mi corazón, y Felipe también.

—¿Estais segura?

—Respondo de ello.

—Es decir, de vos.

—De mí y de él.

—¿Y cómo está?

—Tan bueno y tan gallardo como siempre.

—¿Qué edad tiene ahora?

—Treinta y dos años.

—¡Pobre Felipe! ¿sabeis que de catorce años que hace que le conozco, va ya para nueve ó diez que no le veo?

—Cuando V. M. quiera recibirle, será dichoso en aseguráros que

la ausencia no ha disminuido los sentimientos de respetuosa adhesion que habia consagrado á V. M.

— ¿Puedo verle al momento?

— Dentro de un cuarto de hora estará á los pies de V. M. si V. M. lo permite.

— No solo lo permito, sino que lo deseo.

Apenas acabó la Reyna de pronunciar estas palabras, cuando Andrea salió, y una figura viva, rápida y agraciada, se deslizó ó mas bien saltó sobre la alfombra del gabinete del tocador, y fue á reflejar su rostro burlon y jocoso en el mismo espejo en que María Antonieta se sonreía en el suyo.

— ¡Ah! ¡Señor conde de Artois! dijo la Reyna. ¡Me habeis asustado.

— Beso los pies de V. M., repuso el príncipe saludando á María Antonieta con el mas ceremonioso respeto: ¿cómo ha pasado V. M. la

noche?

— Muy mal, hermano mio.

— ¿Y la mañana?

— Muy bien.

— Eso es lo esencial. Ahora mismo estoy dudando que la prueba haya tenido buen éxito, porque he encontrado al Rey que se ha sonreído alegremente. ¡Lo que es la confianza!

La Reyna se echó á reir, y el conde de Artois, que atribuía esta risa á otro motivo muy diferente, continuó:

— Pero ahora que me acuerdo, aun no os he preguntado por la señorita de Taverney!

La Reyna se puso á mirar á su espejo, cuyo cristal le revelaba todo lo que pasaba en la habitacion.

Leonardo acababa de terminar su obra, y la Reyna se quitó entonces su peinador de muselina de la India y se puso una bata.

Abrióse al mismo tiempo la puer-

ta, y volviéndose hácia ella, dijo al conde de Artois:

—Si quereis saber algo de la señora de Taverney, vedla aqui.

Andrea entraba en efecto al mismo tiempo trayendo de la mano á un apuesto caballero de tez morena, de ojos negros llenos de nobleza y melancolía, un vigoroso soldado de semblante inteligente, severo en la conversacion, y semejante á uno de los bellos retratos que han pintado Copel ó Canisboroug.

Felipe de Taberney vestia una casaca gris oscuro elegantemente bordada de plata; pero el gris parecia negro, la plata parecia yerro: la corbata blanca, la pechera de un blanco mate resaltaban sobre el traje de color sombrío, y lo empolvado del peinado realzaba la energía varonil de la tez y de las facciones.

Felipe se adelantó cogiendo con

una mano la de su hermana, y sosteniendo con la otra su sombrero.

—Señora, dijo Andrea inclinándose respetuosamente, tengo la honra de presentar á V. M. á mi hermano.

Felipe saludó con gravedad y lentitud.

Cuando levantó la cabeza aun no habia dejado la Reyna de mirarse al espejo. Es verdad que en él lo veia todo tan bien como si hubiera mirado á Felipe de frente.

—Buenos días, M. de Taverney, contestó María Antonieta, volviéndose hácia Felipe.

Felipe, al verla sonreir, al percibir que fijó en él su mirada pura, noble y dulce á la vez, palideció y dejó ver en toda su persona la mas viva emocion.

—Parece, M. de Taverney, continuó la Reyna, que esta es la primera visita que nos haceis? Gracias.

— V. M. se digna olvidar que á mí me toca estarla agradecido, replicó Felipe.

— ¿Cuántos años, dijo la Reyna, cuánto tiempo ha pasado desde que no nos hemos visto? el tiempo mas hermoso de la vida, ay de mí!

— Para mi, sí, señora; pero no para V. M., porque todos los dias son hermosos para vos.

— Debeis haber cobrado mucha aficion á la América, M. de Taberney, porque habeis permanecido allí cuando todo el mundo se apresuraba á regresar á Francia.

— Señora, dijo Felipe, M. de Lafayette al dejar el Nuevo-Mundo necesitaba de un oficial de toda confianza á quien poder fiar una parte en el mando de los auxiliares. M. de Lafayette me ha propuesto, de consiguiente, al general Washington, que ha consentido gustoso en elejirme.

— Paréceme, dijo la Reyna, que

de ese nuevo mundo vuelven muchos hechos unos héroes.

—Supongo que no aludirá á mí V. M., respondió Felipe sonriéndose.

—¿Por qué no? dijo la Reyna.

Y volviéndose hácia al conde de Artois, añadió:

—Mirad, hermano mio, qué fisonomía y qué aire tan marcial tiene M. de Taverney.

Al escuchar Felipe esta frase, que le ponía en relacion con el conde de Artois, dió un paso hácia él, haciendo ademán de saludarle.

El conde correspondió á este ademán, estendiendo cortesmente la mano, y Felipe se inclinó.

—Gallardo oficial! exclamó el príncipe dirigiéndose á la Reyna; es un verdadero noble á quien me felicito de conocer. ¿Y cuáles son vuestras intenciones al quedaros en Francia? añadió volviéndose al hermano de Andrea.

Felipe miró á su hermana, y repuso en seguida :

— Mis deseos, Monseñor, son mirar ante todo por el interés de mi hermana ; haré lo que ella quiera.

— ¿ Pues, y vuestro padre ? preguntó el conde de Artois.

— No importa, interrumpió vivamente la Reyna, prefiero que Andrea esté bajo la proteccion de su hermano, y su hermano bajo la vuestra. Encargaos, pues, señor conde, de M. de Taverney.

El conde de Artois hizo una señal de asentimiento.

— ¿ No sabeis, continuó la Reyna, que hay entre nosotros vínculos muy estrechos ?

— ¿ Vínculos muy estrechos ? No os comprendo, hermana mia.

— No lo extrañeis ; yo habia hecho la promesa de hacer la felicidad del primer francés que encontrase al entrar en Francia, y M. de Taverney fue el primero.

Felipe se conmovió tan visiblemente, que se mordió los labios para permanecer impasible.

Andrea le miró y bajó la cabeza.

Maria Antonieta sorprendió esta mirada, pero no pudo adivinar los dolorosos secretos que ocultaba.

Maria Antonieta ignoraba los acontecimientos que hemos referido en la primera parte de esta historia.

La aparente tristeza que se apoderó de la Reyna la atribuyó á otro motivo. Cuando en 1774 todo el mundo se enamoraba de la Delfina ¿qué tenia de extraño que M. de Taverney sintiese el mismo amor epidémico hacia la hija de María Teresa?

Así, pues, Maria Antonieta, atribuyendo la emocion de Felipe á alguna confianza que el hermano habría hecho á la hermana, dirigió al primero una sonrisa y á la segunda miradas lle-

nas de benevolencia. No se engaña-
ha en su sospecha; y la Reyna,
en esa inocente coqueteria en que
nadie ve un crimen, fue siempre lo
que son las mugeres y se lisonjeaba al
verse amada. Hay ciertas almas que
aspiran á las simpatias de todo cuan-
to les rodea, y estas almas no sue-
len ser por cierto las menos gene-
rosas en este mundo.

El conde de Artois se acercó á
Felipe, en tanto que la Reyna con-
sultaba con Andrea sobre los adorno-
s de un traje de caza, y le
dijo:

—¿Qué os parece M. de Taver-
ney? ¿Es tan gran general como
dicen Mr. Washington?

—Monseñor, es un grande hom-
bre.

—¿Y cómo están mirados los fran-
ces en aquellos paises?

—Lo mismo que los ingleses.

—Veo que sois partidario de las
nuevas ideas, M. de Taverney. ¿Pero

habeis pensado en una cosa?

—¿En qué, monseñor? Porque puedo asegurar á V. A. que en aquellos países, acostado sobre la yerba de los campos, paseando á orilla de los lagos, he tenido lugar de hacer reflexiones sobre todo.

—¿Habeis reflexionado, por ejemplo, en que la guerra que habeis hecho no ha sido precisamente contra los indios ni contra los ingleses?

—¿Pues contra quién, monseñor?

—Contra nosotros, contra los franceses, contra la Francia.

—No trataré de desmentiros: es muy posible, monseñor.

—Luego confesais.....

—Confieso la desgraciada trascendencia de un acontecimiento que ha salvado la monarquía.

—Si, una trascendencia tal vez mortal á los que escaparon del primer accidente. Hé aquí la razon por

qué no me parecen tan venturosas como á la generalidad las victorias de Mr. Washington y del marques de Laffayette. Quizás halleis en esto algo de egoismo.

— ¡ Oh , monseñor !

— ¿ Y sabeis por qué os voy á proteger con todas mis fuerzas ?

— Sea cual fuere el motivo que tenga V. A. para hacerlo , estad seguro de que os profesaré el mas vivo reconocimiento.

— Porque vos , M. Taverney , no sois ninguno de esos improvisados héroes de esquina. Os habeis contentado con cumplir valerosamente vuestro deber , y os estimo tanto mas , cuanto menos sois conocido en París. Porque si no.. A fé mia... M. de Taverney , si no... repito que soy egoista , ya lo sabeis.

Al decir esto el príncipe besó riéndose la mano á la Reyna , saludó á Andrea con mas afecto que solia hacerlo con la generalidad de

las mugeres, abrió la puerta y se marchó.

La Reyna se separó de Andrea, y volviéndose hácia Felipe le dijo:

—¿Habeis visto á vuestro padre?

—Le he encontrado en la antecámara al venir hácia aquí.

—¿Y por qué no le fuisteis á ver en cuanto llegásteis?

—Envíe á su casa á mi ayuda de cámara con mi equipaje, y M. de Taverney me contestó que antes de pasar á verle me presentase al Rey ó á V. M.

—¿Y le habeis obedecido?

—Ya lo habeis visto, señora, y al mismo tiempo he tenido la dicha de abrazar á mi hermana.

—Hace un tiempo delicioso, exclamó la Reyna. Madama de Misery, mañana ya se habrá derretido el yelo; mandad por lo tanto que me pongan un trineo inmediatamente.

La camarista salió para ejecutar esta orden.

—Y haced que me traigan aquí el chocolate, añadió la Reyna.

—¡Pues qué! ¿no almuerza V. M., exclamó Mad. de Misery, no habiendo cenado anoche?

—Os engañais, Mad. de Misery, anoche cenamos; si no, preguntádselo á Mad. de Taverney.

—Y muy bien, repuso Andrea.

—Pero esto no impedirá que yo tome mi chocolate, añadió la Reyna. Vamos, daos prisa, Mad. de Misery. Este sol tan hermoso me entusiasma, y creo habrá mucha gente en el estanque de los suizos.

—¿Piensa patinar V. M.? dijo Felipe.

—¡Oh! vais á burlaros de mí, señor americano, exclamó la Reyna; vos que habeis recorrido esos lagos inmensos en que se andan mas leguas que aquí andamos pasos.

—Señora, respondió Felipe, V. M. se divierte aquí con el frio, y este causa allí la muerte.

—Aquí está el chocolate. Andrea, ¿quereis tomar una gícara?

Andrea se sonrojó, inclinándose al mismo tiempo.

—Ya lo veis, M. de Taverney, soy siempre la misma, aborrezco la etiqueta. ¿Y vos, habeis variado?

Estas palabras conmovieron profundamente el corazon del jóven. Muchas veces la mas mínima palabra de una muger es una puñalada para los que se interesan por ella.

—No señora, murmuró Felipe; mi corazon por lo menos no ha variado.

—Pues debemos agradeceros que háyais conservado vuestro corazon, dijo la Reyna con viveza, porque era bueno. Mad. de Misery, una gícara para M. de Taverney.

—¡Oh, señora! exclamó Felipe aturdido; ¡no merece tan grande honor un soldado oscuro como yo!

—Sois un amigo, exclamó la Reyna. Este día hace recordar todas

las ilusiones de mi juventud. Este dia me recuerda los primeros que pasé en mi querido Trianon, y los paseos que daba allí con vuestra hermana. Este dia me recuerda mis rosas, mis fresas, mis verbenas, los pájaros que revoleteaban en aquellos jardines, mis jardineros predilectos; me recuerda á M. de Jussieu y á M. de Rousseau, que ha muerto ya. ¡Oh! este dia me vuelve loca de alegría. ¿Pero qué teneis, Andrea? Os habeis sonrojado. ¡Calla! y vos tambien, M. de Taverney, vais palideciendo por momentos.

En efecto, la fisonomia de estos dos jóvenes se habia trastornado al oir estas palabras, que les hacia recordar la imagen de Gilberto.

Pero no tardaron en recobrar su serenidad.

— Me he quemado el paladar, dijo Andrea, pero esto no vale nada, señora.

— Y yo no me puedo acostumbrar

al inmenso honor que me dispensa V. M.

—Vamos, vamos, interrumpió Maria Antonieta llenando ella misma la gícara de Felipe; sois soldado, y como tal estais acostumbrado al fuego; asi, pues, quemaos gloriosamente con el chocolate pues no puedo esperar mas tiempo; y se sonrió.

Pero Felipe tomó estas palabras sériamente, como hubiera podido hacerlo un campesino; con la diferencia de que lo que aquel hubiera hecho por vergüenza, este lo verificó por heroismo.

La Reyna no le perdió de vista.

—Teneis muy buen carácter, dijo levantándose.

Mientras tanto sus camaristas le habian echado sobre los hombros una manteleta de armiño, y puesto en sus manos los guantes y un elegante sombrero.

Andrea no tardó en concluir su

tocador.

Felipe colocó su sombrero debajo del brazo y siguió á las damas.

—M. de Taverney, no quiero que os separeis de mí, dijo la Reyna; por hoy quiero secuestrar un americano; colocaos á mi derecha.

Taverney obedeció. Andrea se colocó á la izquierda de la Reyna.

Despues que esta bajó la gran escalera, resonaron todos los tambores y clarines de los guardias. Esta pompa real, este respeto general dirigido á la Reyna, este triunfo causó un vértigo al jóven; un sudor frio brotó de su frente, y á no ser por el aire penetrante que sintió fuera ya del vestíbulo, se hubiera desmayado.

Despues de los largos dias que habia pasado en el destierro, volvian á llenar su corazon todos los goces del orgullo.

Mientras que al pasar la Reyna se inclinaban todos, y los soldados presentaban las armas, un anciano de pequeña estatura, á quien su distraccion hizo olvidar la etiqueta, en vez de inclinarse habia permanecido con los ojos fijos en aquella y en Taverney.

Asi que la Reyna se alejó, el anciano se abrió paso á través de la gente que le rodeaba, y echó á correr con toda la velocidad que le permitian sus piernas de 70 años.

EL ESTANQUE DE LOS SUIZOS.

Pocas personas habrá que no hayan visto el inmenso estanque verdoso y ondeando en el estío, pero blanco y rugoso en el invierno, que hoy todavía conserva el nombre de *Estanque de los Suizos*.

A ambas orillas de este estanque se extiende una calle de tilos, ocupada en el momento de que vamos á tratar por transeuntes de toda clase y edad, que van allí á

gozar del espectáculo de los trineos y de los patines.

En los tocados de las mugeres se veia mezclada la brillante confusion lujosa de la antigua córte, á la caprichosa desenvoltura de la moda moderna.

Los altos peinados, los mantos de diferentes colores que daban sombra á las frentes tersas y blancas de las jóvenes, los sombreros, las manteletas forradas y las guarniciones de los vestidos de seda, contrastan singularmente con las chupas color de naranja, las casacas azul celeste, las libreas amarillas y las levitas blancas.

Los lacayos azules y encarnados se hallan mezclados en toda esta multitud, como las amapolas y los acianos que el viento hace ondular entre las espigas ó entre los tréboles.

A veces lanza un grito de admiracion toda esta asamblea; este

grito lo produce Saint-Georges, el osado corredor de patines, el cual acaba sin duda de ejecutar un círculo con tal perfeccion, que el mejor geómetra no le hallaria ningun defecto.

Al paso que las orillas del estanque están cubiertas de tantos espectadores, que de lejos se asemejan á un tapiz de mil colores, sobre el cual flota un vapor causado por los alientos, el estanque presenta un aspecto no menos variado y pintoresco.

Aquí se ve un trineo arrastrado sobre el yelo por tres enormes mastines que van enganchados como los troika rusos.

Los perros, cubiertos con unos caparazones de terciopelo, con las cabezas llenas de flotantes plamas, se asemejaban á esos animales quiméricos de los cuadros de diablos de Callot ó de las brujas de Goya.

M. Lauzun, dueño de este tri-

neo, va envuelto dentro de él en una piel de tigre, y de vez en cuando vuelve la cabeza para respirar libremente, pues no podría hacerlo siguiendo la corriente del viento.

Algunos otros trineos de modesta apariencia buscan la soledad.

Una dama con el rostro cubierto, sin duda á causa del frío, sube á uno de estos trineos, en tanto que un gallardo corredor de patines, que lleva sobre los hombros una hopalanda de terciopelo con agremanes de oro, se inclina sobre el respaldo del trineo para dar un impulso rápido y una direccion segura.

Entre la dama enmascarada y el corredor de patines de la hopalanda de terciopelo se cambian algunas palabras, y nadie podria vituperar esta cita dada bajo la bóveda del cielo y en presencia de casi todo Versailles.

¿Qué les importaba lo que pudieran decir de ellos, puesto que los veían? ¿Qué les importaba que los viesen si no los oían?.... ¿A dónde iban?.... A ese mundo desconocido, tras del que corren todos, llamado la *felicidad*. De repente promóvióse un tumulto entre estas sílfides que se deslizaban sobre el hielo.

Motivábalo que la Reyna se había presentado en el estanque de los suizos, que la habían reconocido, y que al indicar á todos los que se disponían á hacerla paso que permaneciesen donde estaban, resonó el grito de *¡viva la Reyna!* Los corredores de patines no tardaron despues de muchas evoluciones, en formar un gran círculo al rededor de la augusta persona.

La atencion general se fijó en ella, y todos se acercaron, ejecutando difíciles maniobras, al grupo de gentiles hombres y oficiales, que

fueron á saludar á la Reyna.

Entre los principales personajes que allí se hallaban, habia uno bastante notable, el cual en vez de acercarse á la Reyna como los demas, se apeó de su trineo, y desapareció á poco rato entre una calle de árboles, seguido de su comitiva.

El conde de Artois, conocido por uno de los corredores de patines mas ligeros y elegantes, no tardó en colocarse al lado de la Reyna, y decirla, besándole la mano:

—Mirad como vuestro hermano M. de Provenze huye de vos.

Y al decir esto señalaba á S. A. R. M. de Provenze, que andaba apresuradamente por encima de la tierra cubierta de escarcha en busca de su carroza.

—No querrá que le hagan una reconvencion, dijo la Reyna.

—¡Oh! no es eso solo lo que teme.

—Entonces temerá por su con-

ciencia, dijo la Reyna gravemente.

—No; por otra cosa, hermana mia.

—¿Por qué?

—Os lo voy á decir: acaba de saber que esta noche debe llegar M. de Suffren, el glorioso vencedor; y como la noticia es importante, quiere que la ignoreis.

La Reyna notó que tenia en derredor suyo algunos curiosos que no estaban bastante lejos para dejar de oir las palabras de su cuñado.

—M. de Taverney, dijo, tened la bondad de cuidar de mi trineo, os lo ruego, y abrazad á vuestro padre si le veis: os dejo libre por un cuarto de hora.

El jóven se inclinó, y atravesó la multitud para ejecutar las órdenes de la Reyna.

Las personas que rodeaban á esta, comprendieron tambien, y abrieron el círculo para que pudiesen

hablar libremente la Reyna y el conde de Artois.

—Hermano mio, dijo la Reyna, os ruego que me espliqueis qué objeto se propone mi hermano con no participarme la llegada de M. de Suffren.

—! Oh! ¡ Dios mio! ¿Es posible que siendo vos Reyna, muger y enemiga, no háyais adivinado la intencion de ese astuto político? Nadie sabe en la corte que M. de Suffren va á llegar. Mr. de Suffren es el héroe de los mares de la India, y tiene por consiguiente derecho á que se le haga en Versalles una recepcion magnífica. El Rey ignora su llegada, y sin querer no cumple con él como debiera; á vos os sucede otro tanto, hermana mia. Pero M. de Provenze, por lo contrario, tiene noticia de la llegada de M. de Suffren, acoge al marino, le adula, le lisonjea, y rozándose de este modo con el héroe

de la India, se hace héroe de Francia.

—Teneis razon, dijo la Reyna.

— ¡Diantre! esclamó el conde.

—Olvidais solo una cosa, mi querido gacetero.

— ¿Cuál?

—No me habeis dicho por dónde habeis sabido ese proyecto de nuestro muy querido hermano y cuñado.

— ¿Por donde lo he sabido? Bien sencillo es: sospechado que M. de Provenze se tomaba la molestia de querer saber lo que yo hacia, tengo gente muy bien pagada que me da cuenta de todo lo que él hace. ¡Oh! esto puede serme útil y á vos tambien, hermana mia.

— Gracias por vuestra alianza, hermano; pero, ¿y el Rey?

—El Rey ya lo sabe todo.

— ¿Por vos?

— ¡Oh! no, por su ministro de marina, que fue á verle á una in-

sinuacion mia. Yo nada tengo que ver en esto; soy muy frívolo, muy disipador, muy loco para ocuparme de cosas de tanta monta.

—¿Y el ministro de marina, ignoraba tambien que M. de Suffren llegaba á Francia?

—¡Hermana mia, despues de catorce años que sois delphin ó Reyna de Francia, debeis saber que estos señores ministros jamás saben las cosas importantes; de consiguiente, yo comuniqué al nuestro mi noticia y está entusiasmado.

—Yo lo creo.

—Ahí teneis, hermana mia, un hombre que toda su vida me estará reconocido, cosa que me viene muy bien.

—¿Porqué?

—Para negociar un empréstito.

—¡Oh! exclamó la Reyna riéndose, ya le habeis quitado todo el mérito á vuestra buena accion.

—Hermana, dijo el conde de Artois con aire grave, vos tambien debéis necesitar dinero, y por lo tanto os prometo á fe de caballero francés partir con vos la suma que me pueda procurar.

— ¡Oh! no, guardadla, hermano mio, exclamó María Antonieta, guardadla, puesto que en este momento no necesito nada, á Dios gracias.

— ¡Diablo! no espereis mucho tiempo para reclamar mi promesa, querida hermana.

— ¿Y por qué?

— Porque si tardais, tal vez no me hallaria en estado de poderla cumplir.

— ¡Bueno! en ese caso ya haria yo por descubrir algun otro secreto de estado.

— Dejemos esto si gustais. Me parece que tomais mucho frio, dijo el príncipe; vuestras mejillas están amoratadas, tened cuidado.

—Aquí vuelve M. de Taverney con mi trineo.

—¿Luego entonces no me necesitais?

—No.

—En ese caso os suplico que me despidais de vuestro lado.

—¿Por qué? ¿creeis acaso que me incomodais?

—No; pero yo tengo necesidad de verme ya libre.

—Adios, pues.

—Hasta la vista, hermana mia.

—¿Cuándo nos veremos?

—Está noche.

—¿Qué hay esta noche?

—No hay, ¡pero sí habrá!

—Bien, pero qué habrá?

—Habrá mucha gente en la tertulia del Rey.

—¿Por qué motivo?

—Porque el ministro presentará á M. de Suffren.

—Muy bien. Segun eso, hasta la noche.

El príncipe saludó á su hermana con aquella elegancia y cortesania que le caracterizaban, y desapareció entre la multitud.

El viejo Taverney habia observado á su hijo mientras que este se alejaba de la Reyna para cuidar del trineo.

Pero no tardaron en clavarse sus ojos en la Reyna.

La animada conversacion que habia tenido María Antonieta y su cuñado no dejaba de inquietarle, porque interrumpia la familiaridad que la Reyna habia manifestado antes á su hijo.

Por esto se contentó con hacer á Felipe un ademan amistoso de cabeza, y cuando este, despues de haber terminado los preparativos necesarios para la partida del trineo, quiso, segun se lo habia dicho la Reyna, abrazar á su padre, este le alejó de sí con la mano, diciendo:

—Mas tarde, mas tarde: vuelve

despues de hacer tu servicio y hablaremos.

Felipe se retiró, y el baron se alegró infinito al ver al conde de Artois despedirse de la Reyna.

Esta entró en el trineo, hizo que Andrea se sentara á su lado, y como ya se preparaban dos soldados á impelerle, dijo la Reyna:

—No, no; no quiero ir así. ¿No patinais, M. de Taverney?

—Perdonad, señora, dijo Felipe.

—No sé por qué se me figura que habeis de patinar tan bien como Saint-Georges, añadió la Reyna.

—En otro tiempo, dijo Andrea, patinaba muy bien y con mucha elegancia.

—Y ahora no teneis rival: ¿no es así, M. de Taverney?

—Señora, dijo Felipe, ya que V. M. me honra de ese modo con su confianza, voy á tratar de merecerla.

Y al decir esto ya se habia pro-

visto de un par de patines tan cortantes como una navaja.

Colocóse detras del trineo, le dió impulso con una mano y empezó la carrera.

Entonces tuvo lugar un curioso espectáculo.

Saint-Georges el Rey de los gimnastas, el elegante mulato, el hombre á la moda, el hombre superior en todos los ejercicios corporales, conoció que tenia un rival en aquel jóven que se atrevia correr á la par suya.

Así, pues, comenzó á dar vueltas al trineo de la Reyna, haciendo á esta unas cortesías tan respetuosas y llenas de encantos, que ningun otro cortesano de Versalles hubiera podido imitarlas! Describia en torno del trineo rápidos y perfectos círculos, con los que le enlazaba continuamente; de tal modo, que la curva nueva precedia siempre al trineo, el cual le dejaba lue-

go detrás, pero dando un empuje vigoroso, hacia un elipse, y ganaba lo que habia perdido en la circunferencia.

Apenas se podia seguir con la vista esta sorprendente evolucion.

Resentido con esto el amor propio de Felipe, tomó un partido temerario; lanzó el trineo con una velocidad tan grande, que por dos veces tuvo que concluir Saint-Georges su círculo detras de él; y como muchas personas arrojasen gritos de terror al ver la velocidad del trineo, dijo Felipe:

— Si V. M. lo desea, me pararé ó reprimiré un poco el ímpetu de la carrera.

— ¡ Oh ! no, no, exclamó la Reyna con ese fogoso ardor que mezclaba tanto en el trabajo como en las diversiones; no tengo miedo. Mas de prisa, M. de Taverney; mas de prisa si podeis.

— ¡Oh! tanto mejor; mil gracias por el permiso, señora. Asios bien, y fiad en mí.

Y al empuñar de nuevo con su robusta mano el triángulo del respaldo, fue tan vigoroso el movimiento, que todo el trineo se estremeció.

Colocando despues la otra mano, de que hasta entonces no habia hecho uso, en el mismo triángulo impelió la máquina, que era un juguete para su brazo de acero.

Desde entonces cruzó todos los círculos de Saint-Georges con círculos mucho mayores, de suerte que el trineo hacia las mismas evoluciones que el mas hábil corredor. A pesar de su peso y de su dimension, el trineo de la Reyna patinaba, viraba y volaba como una sola persona.

Saint-Georges, mas gracioso mas delicado y correcto en las descripciones que hacia, comenzó á inquie-

tarse; hacia una hora que patinaba. Al verlo Felipe bañado en sudor, y al notar los esfuerzos que hacia, resolvió vencerlo por el cansancio.

Cambió de maniobra, y dejando los círculos que le hacian trabajar mucho mas, lanzó el trineo en direccion recta hácia adelante.

El trineo partió como una flecha.

De un violento empuje le alcanzó Saint-Georges, pero Felipe aprovechó el momento en que el segundo impulso multiplica la velocidad del primero, y lanzando el trineo sobre una capa de yelo intacta todavía, dejó á bastante distancia á su competidor.

Saint-Georges quiso alcanzarle, pero reuniendo entonces Felipe sus fuerzas y girando sobre la curva de sus patines, hizo dar la vuelta al trineo y lo lanzó en sentido opuesto, mientras que Saint-Georges,

vencido por este último esfuerzo, y no pudiendo contener su ímpetu, se quedó á una distancia considerable.

Entonces resonaron mil exclamaciones que sonrojaron de emocion á Felipe.

Pero lo que mas le sorprendió fue que la Reyna, despues de haber aplaudido ella misma se volvió hácia él y le dijo con angustioso acento :

—¡ Oh M. de Taverney ! ya que habeis triunfado, paraos, paraos, pues si no me matariais !

EL TENTADOR.

Al oir Felipe esta órden, ó mas bien esta súplica de la Reyna, contrajo sus acerados músculos, se afirmó en sus piernas, y el trineo se detuvo como el corcel árabe que piafa sobre sus corbejones en las arenas de la llanura.

—¡ Oh! descansad ahora, dijo la Reyna saliendo del trineo. Nunca hubiera creído que existia tanta embriaguez en la velocidad de la

carrera. Habeis estado á punto de volverme loca.

Y se apoyó vacilante en el brazo de Felipe.

Un marmullo de estupor que salió de la brillante multitud, la hizo conocer la falta que acababa de cometer contra la etiqueta, falta enorme á los ojos, de la celosa servidumbre.

En cuanto á Felipe, le aturdió tanto este honor, que temblaba mas avergonzado que si le hubiese ultrajado en público la Reyna.

Bajó los ojos y su corazon se queria saltar del pecho.

Una emocion singular, causada sin duda por la carrera, agitaba tambien á la Reyna, que retiró inmediatamente su brazo, y se apoyó en el de Mad. de Taverney, pidiendo una silla al mismo tiempo.

—Perdonad, M. de Taverney, dijo á Felipe sentándose en una silla de tijera que le habian traído

— ¡Dios mío! añadió en voz baja y con desenfado; ¡qué desgracia es verse siempre rodeada de curiosos y de necios!

Los nobles y las damas de honor se habian aproximado y devoraban con la vista á Felipe, el cual con objeto de ocultar su rubor se inclinó para quitarse sus patines.

Asi que lo hubo hecho, se hizo atrás para dejar paso á los cortesanos.

La Reyna permaneció algunos instantes pensativa; pasado este tiempo dijo levantando la cabeza:

— ¡Oh! si continuó en esta inmovilidad, me quedaria helada; demos otra vuelta.

Y subió al trineo.

Felipe esperó en vano una orden.

Veinte gentiles hombres se presentaron al momento.

— No, dijo la Reyna, que ven-

gan mis criados; gracias, señores.

Así que se hallaron los criados en sus puestos, añadió:

—;No váyais de prisa!

Y cerrando los ojos se sumergió en un éstasis interior.

El trineo se alejó lentamente, según lo había mandado la Reyna, seguido de una turba de curiosos y de envidiosos.

Felipe se quedó allí solo, limpiándose el sudor que corría por su frente.

Buscó á Saint-Georges para consolarle de su derrota con algunas palabras corteses; pero este había abandonado el campo de batalla, á virtud de una orden de su protector el duque de Orleans.

Felipe se quedó inmóvil, triste, cansado y casi asustado de lo que le había sucedido, siguiendo con los ojos el trineo de la Reyna; cuando de repente sintió que le tocaban el brazo.

Volvióse, y reconoció á su padre.

El anciano, arrugado como una figura de los cuentos de Hoffman, perfectamente forrado como un Samoyeda, tocó á su hijo con el codo para no sacar las manos del manguito.

—¿No me abrazais? le dijo mirándole con los ojos dilatados por el frío y chispeantes de alegría. Y pronunció estas palabras en el mismo tono con que el padre del atleta griego debió dar gracias á su hijo por la victoria que alcanzara en el circo.

—Con todo mi corazon, querido padre, contestó Felipe.

—Pero el acento de sus palabras no se hallaba muy en armonía con su significado.

—Bien, bien; ¡ya que me habeis abrazado, andad, andad pronto!

Y le empujó suavemente.

—¿Pero á dónde quereis que vaya? preguntó Felipe.

— ¡Allí, qué diablo.

— ¿Allí?

— Sí, al lado de la Reyna.

— ¡Oh! no, padre, no, gracias.

— ¿Cómo que no? ¿Estais loco? ¿No quereis ir al lado de la Reyna?

— No, es imposible; ¿pensais en lo que decís, padre mio?

— ¡Cómo! ¿creeis que es imposible ir al lado de la Reyna, cuando esta os espera?

— ¿Que me espera?

— Sí, sí, la Reyna. Pues qué, ¿no conocéis que os prefiere?

— ¿Que me prefiere?

Y Felipe miró fijamente al baron.

— Padre mio, dijo con frialdad, creo en verdad que desvariais.

— ¡Esto es asombroso, estupendo, dijo el anciano dando una patada en el suelo: ¿quereis decirme de dónde venis, Felipe, se puede saber?

— Señor, dijo tristemente Felipe, sospecho una cosa.

— ¿Cuál?

— Que os burlais de mí, ó que...

— ¿Y bien?

— O que os habeis vuelto loco, perdonadme.

El anciano apretó el brazo de su hijo con un movimiento nervioso, tan enérgico, que el jóven frunció el entrecejo.

— Escuchadme, Felipe, dijo el anciano; yo bien sé que la América está muy lejos de Francia.

— Sí, padre mio, muy lejos, repitió Felipe; pero no comprendo lo que quereis decir. Os ruego que os espliqueis.

— Un pais donde no hay Rey ni Reyna.

— Ni vasallos.

— Muy bien, señor filósofo, ni vasallos, no lo niego. Esto no me interesa nada; pero lo que sí me interesa, lo que me aflige, lo que me

humilla, es que tambien yo sospecho una cosa.

—¿Cuál, padre mio? Espero por lo menos que vuestras sospechas no serán las mismas.

—Sospecho que sois un tonto, hijo mio; lo cual no está bien á un apuesto mancebo como vos. Mirad, ¿no veis nada allí lejos?

—Sí que veo, padre mio.

—¿Pues bien! ¿no veis que la Reyna se ha vuelto por tercera vez? ¿Que ahora se vuelve la cuarta, y en este momanto se vuelve de nuevo buscando al tonto, al puritano, al americano?

Y el anciano mordió no con sus dientes, sino con sus encías, sus guantes grises de piel de gamo, dentro de los que cabian dos manos como la suya.

—Pues bien, caballero, dijo el joven, aun cuando fuese cierto, lo cual no es probable, que la Reyna me buscase.....

— ¡Oh! repitió el anciano dando patadas en el suelo; ¡aun cuando fuese cierto ha dicho! pero ¡Dios mio! ¡Este hombre no es de mi sangre, este hombre no es un Ta-verney!....

— ¡No soy de vuestra sangre! murmuró Felipe.

Y añadió en voz baja, levantando al cielo los ojos:

— Debo daros gracias, Dios mio.

— Caballero, dijo el anciano, repito que la Reyua os busca.

— Teneis muy buena vista, padre mio, dijo Felipe con tono seco.

— Vamos, repuso el anciano con dulzura, tratando de moderar su impaciencia, déjame que te esplique..... Es verdad, tú tienes tus razones, pero al fin y al cabo yo tengo experiencia. Vamos á ver, Felipe, ¿eres hombre ó no?

Felipe se encogió de hombros y no respondió.

Habiendo esperado en vano una respuesta, el anciano fijó con desprecio los ojos en su hijo, y notó en su rostro una dignidad y una reserva tan impenetrable que le dejaron admirado.

Disimuló su pena, acarició con su manguito la punta roja de su nariz, y dijo con una voz mas dulce que la de Orfeo cuando hablaba á las rocas Tesalias:

—Felipe, amigo mio, escúchame.

—Hace un cuarto de hora que no hago otra cosa, padre mio, respondió el jóven.

—Oh! dijo el anciano para sí, voy á hacerte descender desde lo alto de tu magestad, señor americano. Tambien tienes tu flaco, gran coloso. Déjame que te lo encuentre con mis viejas garras, y verás!

Despues añadió levantando la voz:

—¿No has notado una cosa?

—¿Cuál?

— Una cosa que hace honor á tu candidez.

— Decidme cual.

— Es muy sencillo ; vienes de América, fuiste allá cuando aqui solo habia Rey y no Reyna esceptuando á la Dubarry, la cual era una magestad muy respetable. Vuelves, ves una Reyna, y dices : Respetémosla.

— Sin duda alguna.

— ¡Pobre muchacho ! dijo el anciano.

Y ahogó al mismo tiempo en su manguito una tos y una carcajada.

¡Cómo ! preguntó Felipe ; ¿ me compadeceis porque respeto la dignidad real, vos, un Taverney Casa Reja, un hidalgo de Francia ?

— Escúchame, hombre, no te hablo de la dignidad real, sino de la Reyna.

— ¿ Y no son ambas una misma cosa ?

— ¡ Diantre ! ¿ qué es la dignidad

real? Una corona. A esto no se toca: ¡diablo! ¿Qué es la Reyna? Una muger. ¡Oh! una muger es distinto; á esto sí se toca.

—¡Cómo que se toca! exclamó Felipe sonrojándose de cólera, y acompañando estas palabras con un ademán tan resuelto, que una muger no hubiera podido verle sin amarle, y una Reyna sin adorarle.

—¡Qué incrédulo eres! Pues nada, pregunta, repuso el anciano en voz baja y con una sonrisa cínica, pregunta á Mr. de Coigny, pregunta á Mr. de Lauzon, á Mr. de Vandreuil.

—¡Callad, callad, padre mio, exclamó Felipe con voz sorda, ó de lo contrario, ya que no puedo atravesar vuestro pecho tres veces con mi espada por esas tres blasfemias, me heriré yo mismo en este momento, os lo juro!

Taverney dió un paso atrás y giró sobre sus talones, y sacudien-

do su manguito como lo hubiera hecho Richelieu á los treinta años, dijo:

— En verdad que es estúpido en grado heróico y eminente; el caballo es un asno, el águila un ganso, el gallo un capon. Buenas tardes, prosiguió dirigiéndose á Felipe; me has dado un rato delicioso; yo me creia un viejo, y veo ahora que soy un Adónis, un Apolo. Adios.

Y dió otra vuelta en ademán de marcharse.

Felipe le detuvo, diciéndole:

— Sin duda no habeis hablado con formalidad: ¿no es así, padre mio? Porque es imposible que un noble como vos, dé crédito á esas viles calumnias esparcidas por los enemigos de la Reyna y de la monarquía.

— ¡Todavía dudas! exclamó Taverney.

— ¿Habeis hablado como hablariais ante Dios?

— Ciertamente.

El jóven habia renovado la conversacion que antes le repugnaba. Esto era un triunfo para el baron. Asi fue que se volvió, para decir á Felipe :

— Pero, hijo mio, ¿no sabeis que soy noble y que no miento nunca ?

Este *nunca* era un poco risible en boca del anciano; pero Felipe permaneció grave y sombrío, y repuso en seguida :

— ¿Segun eso, creéis que la Reyna ha tenido amantes ?

— ¡ Vaya una noticia !

— ¿ Y son los que habeis citado ?

— Y otros que no recuerdo : preguntad en la corte y en la poblacion ; preciso es haber venido de América para ignorar lo que se dice.

— ¿ Y quién puede decir eso á n ? ser unos cuantos infames libelistas

— ¡Cómo! ¿me tomáis quizá por un gacetero?

— No, y el mal está en que hombres como vos repitan semejantes infamias, que se desvanecerían á no ser así, como los vapores que oscurecen el sol algunas veces. Tanto vos como los demas dais consistencia á esas voces repitiéndolas y comentándolas. ¡Oh! señor, respetad por religion siquiera ese asunto...

— Y no obstante, repito lo que he dicho.

— ¿Y por qué lo repetis? esclamo el jóven desesperado.

— ¡Psch! dijo el anciano apoyándose en el brazo de su hijo y mirándole con una espresion infernal; para probarte que tenia razon cuando te dije: Felipe, la Reyna se vuelve; Felipe, la Reyna busca; Felipe, la Reyna desea; Felipe...

— ¡Oh! exclamó el jóven ocultando su rostro entre sus manos;

¡callaos en nombre del cielo, padre mio, callaos ó hareis que pierda el juicio!

—En verdad, Felipe, que no te comprendo, dijo el anciano. ¿Es un crimen amar? No! esto prueba que se tiene corazon; ¿y no se revela el de esta muger en su voz, en sus ademanes? Ella ama, no sé si á tí ó á otro; pero cree en mi experiencia, la cual te repite que ama ó empieza á amar. Pero tú eres un filósofo, un puritano, un cuáquero, un americano; tú no amas; déjala, pues, que mire: déjala que se vuelva, hazla esperar, insúltala, despréciala, recházala, Felipe de Taverney.

Y al ver el efecto que produjeron en el jóven estas palabras, pronunciadas con una ironía salvaje, el anciano se marchó como el demonio tentador, despues de haber dado el primer consejo del crimen.

Felipe se quedó solo; su pecho latia fuertemente, y su cabeza estaba hecha un volcan. Ni siquiera echó de ver que hacia media hora que se hallaba clavado en el mismo sitio. La Reyna habia dado su paseo, volvió, miróle y le gritó al pasar:

—¡Ya debeis haber descansado, Mr. de Taverney! Venid, nadie como vos sabe conducir el trineo de una Reyna. ¡Dejad paso, señores!

Felipe corrió á su lado aturrido, ciego de embriaguez.

Al colocar la mano en el respaldo del trineo, sintió en ella un fuego que le abrasaba; la Reyna se habia reclinado lánguidamente, y los dedos del jóven rozaron los cabellos de María Antonieta.

MR. DE SUFFREN.

Luis XVI y el conde de Artois guardaron el secreto, á pesar de ser empresa muy difícil en la corte.

Nadie supo cuándo ni á qué hora debia llegar monsieur de Suffren.

El Rey dispuso su partida de juego para la noche.

A las siete entró con los príncipes y las princesas de su familia.

La Reyna entró llevando de la mano á su hija mayor, que no tenia á la sazón mas que siete años.

La concurrencia era numerosa y brillante.

Durante los preliminares de la reunion y en el momento en que cada cual iba tomando asiento, se acercó dulcemente á la Reyna el conde de Artois, y le dijo:

—Hermana, mirad en rededor vuestro.

—Sea, dijo la Reyna.

—¿Y qué veis?

La Reyna paseó la vista por el círculo, escudriñó todos los rincones, y no viendo en el salón sino rostros conocidos, de los cuales formaban parte Andrea y su hermano, dijo:

—No veo mas que caras agradables y risueñas; todos cuantos hay aqui son amigos.

—No quiero hablar de los que

están, hermana mia: sino de los que faltan.

— ¡Ah! teneis razon, exclamó la Reyna.

El conde de Artois se echó á reir.

— Todavía no ha venido, repuso la Reyna. ¡Vaya! ¿si seré siempre causa de que huya?

— No, dijo el conde de Artois; sin embargo, la broma se prolonga. Monsieur (*) ha ido á la barrera á esperar al bailío Mr. de Suffren.

— Bien, pero no encuentro que sea esto motivo de risa, hermano mio.

— ¿No comprendéis por qué me rio?

— A fé mia que no, porque si Monsieur ha ido á la barrera á es-

(*) Nombre que se daba en Francia antiguamente al hermano mayor del Rey.

perar al bailío de Suffren, ha sabido mas que nosotros, puesto que será el primero que le vea, y por consiguiente le dará el parabien antes que nadie.

— Ya veo, querida hermana, replicó el jóven príncipe riendo, que teneis una idea muy pobre de nuestra diplomacia. Monsieur ha ido á esperar al bailío á la barrera de Fontainebleau, pero tambien nosotros tenemos quien se halla esperando en la parada de Villejuif...

— ¡ Ah !

— De modo, prosiguió el conde de Artois, que Monsieur se consumirá solo en la barrera, al paso que Mr. de Suffren, dando la vuelta á París, llegará directamente á Versailles, donde le estamos esperando.

— Eso está perfectamente ideado.

— No del todo mal, y estoy bastante contento de mí mismo. Id á hacer vuestra partida de juego, her-

mana mia.

En este momento habia en el salon mas de cien personas de la mas elevada categoría: Mr. de Condé, Mr. de Penthievre, Mr. de la Tremouille, las princesa, etc., etc.

El Rey llegó á notar las risitas que dirigia el conde de Artois á la Reyna, y para demostrarles que se hallaba al corriente del complot, les dirigió una mirada significativa.

Aun no se habia esparcido la noticia de la llegada del comendador Mr de Suffren, y sin embargo todos presagiaban vagamente que iba á suceder algo.

Un interés general reynaba entre aquellas personas, para quienes el menor acontecimiento adquiere gran importancia desde el momento en que su señor hace un ademan de mal humor en muestra de desaprobacion, ó se sonrie en señal de contento.

El Rey, que nunca jugaba mas

de un escudo de seis libras, con objeto de moderar el juego de los príncipes y de los cortesanos, no echó de ver que habia colocado sobre la mesa todo el dinero que llevaba en su bolsillo.

La Reyna, perfectamente dueña de sí misma, usó diestramente de su diplomacia, y dorrotó la curiosidad de la asamblea con el ardor ficticio que puso en el juego.

Felipe, que habia sido admitido en la partida y que se hallaba colocado enfrente de su hermana, absorbía con toda su alma la impresion de este señalado favor.

Las palabras de su padre asaltaban su imaginacion, aunque hacia los mayores esfuerzos para olvidarlas, y se preguntó á sí mismo si seria cierto que el anciano, habiendo conocido tres ó cuatro reynados de favoritos, se hallaba al corriente de las costumbres de la época.

Se preguntó tambien si este puri-

tanismo, que rayaba casi en veneracion religiosa, seria una ridiculez mas que habia traído de los remotos países que habia habitado.

La Reyna, tan hermosa, tan amable con él, no era en último resultado sino una terrible coqueta deseosa de alimentar su memoria, con una pasion mas, lo mismo que el entomólogo añade á su cuadro una mariposa ó un insecto, sin hacer caso de lo que sufre el pobre animal cuando le atraviesa el corazon con un alfiler.

Y la Reyna no era, sin embargo, una muger vulgar; una mirada suya significaba siempre algo, pues jamás se dignaba dirigirla á nadie sin intencion.

— Coigny, Vaudreuil, repetia Felipe, han amado á la Reyna, y han sido amados de ella. ¡Oh! ¿por qué es tan negra esa calumnia? ¿por qué no penetra un rayo de luz en ese profundo abismo que se llama

el corazon de la muger, el cual es mucho mas profundo siendo como es el de una Reyna?

Y cuando Felipe revolvía en su imaginacion estos dos nombres, miraba á M. de Coigny y á M. de Vaudreuil, los cuales se hallaban en un extremo de la mesa, colocados tal vez por casualidad uno al lado de otro, y mirando hácia otro lado de aquél en que estaba la Reyna.

Felipe se decia que era imposible que aquellos dos hombres hubiesen amado y se hallasen tan tranquilos, que hubiesen sido amados y afectasen tal indiferencia. ¡Oh! si la Reyna le amase, se volveria loco de felicidad; si le olvidase despues de haberle amado, se mataria de desesperacion.

Y despues de pensar en Mr. de Coigny y en Mr. de Vaudreuil, pensaba otra vez en María Antonieta.

Y siempre pensando, interrogaba á aquella frente tan pura, aquella boca tan imperiosa, aquella mirada tan magestuosa, y en todos los encantos de aquella muger buscaba la revelacion del secreto de la Reyna.

— ¡Oh! se decia, todos esos rumores que comienzan á circular en el pueblo, y á los cuales dan consistencia las intrigas y los ódios de la corte; todos esos rumores que así me lastiman y me hacen enloquecer, no son mas que viles calumnias.

Aquí llegaba de sus reflexiones Felipe, cuando dieron las ocho menos cuarto en el reloj de la sala de guardias. En este momento se oyeron grandes rumores, á los que se siguieron rápidos y sonoros pasos. Oyeron el ruido causado por las culatas de los fusiles al caer sobre las losas, y un murmullo de voces que penetró por la puerta entrea-

bierta llamó la atención del Rey, quien después de haber escuchado hizo una señal á la Reyna.

Esta comprendió, é inmediatamente levantó la sesión.

Todos los jugadores recogieron cada cual su dinero, y esperaron á que la Reyna manifestara sus intenciones para tomar una resolución.

La Reyna pasó al gran salón de recibo, adonde la habia precedido el Rey.

Un ayudante de Mr. de Castries, ministro de marina, se acercó al Rey y le dijo algunas palabras al oído.

—Está bien, respondió el Rey, andad.

Y volviéndose hacia la Reyna, añadió:

—Todo va bien.

Todos se miraron unos á otros, pues aquel «todo va bien» dió mucho que pensar.

De pronto entró en el salón el mariscal de Castries, diciendo en alta voz:

— ¿Querrá S. M. recibir al baillío de Suffren, que acaba de llegar de Tolon?

Al oír este nombre, pronunciado en voz alta y triunfante, salió de la asamblea un murmullo inesplicable.

— Sí, respondió el Rey, con el mayor placer.

Mr. de Castries salió.

Entonces todos hicieron un movimiento hacia la puerta por donde acababa de salir Mr. de Castries.

Para explicar esta simpatía que tenía la Francia á Mr. de Suffren; para que se comprenda el interés que tenía el Rey, la Reyna y la á princesas en recibir los primeros — Mr. de Suffren, pocas palabras bastarán. Suffren es un nombre esencialmente francés, como Turenne,

Catinat y Juan Bart.

Despues de la guerra con la Inglaterra, ó mas bien despues del último periodo de combates que precedieron á la paz, el comandante de Suffren dió siete batallas navales sin sufrir ninguna derrota; tomó á Trinquemale y á Gondelour, aseguró las posesiones francesas, limpió el mar de enemigos, y enseñó al nabab Hayder-Alí que la Francia era la primera potencia de Europa. En su profesion de marino usó de la diplomacia mas hábil y del valor y táctica del mejor soldado. Osado, infatigable y orgulloso cuando se trataba del honor del pabellon francés, derrotó á los ingleses por mar y tierra; de tal modo que estos orgullosos marinos nunca se atrevieron á seguir una batalla comenzada, ni á atacar á Suffren cuando el leon enseñaba los dientes.

Despues de espouer su vida en

la batalla como el último soldado, se mostraba muy humano y generoso: era el tipo del verdadero marino; tipo que ya se iba perdiendo desde Juan Bart y Duguay-Trouin.

No trataremos de pintar el entusiasmo que causó su llegada á Versalles entre los nobles que se hallaban en la reunion.

Suffren era un hombre de 56 años, grueso, no muy alto, de mirada de fuego, presencia noble, ágil á pesar de su obesidad.

Llevaba una casaca azul bordada de oro, chupa encarnada y calzones azules. Conservaba el cuello militar, sobre el cual descansaba su colosal y majestuosa cabeza.

Cuando entró en la sala de guardias se acercó un individuo á participárselo á Mr. de Castries, que se paseaba impaciente, y que al oír la noticia exclamó al punto:

—Señores, Mr. de Suffren.

Los guardias cogiendo inmediatamente sus mosquetes, se formaron en fila como hubieran hecho con el Rey de Francia, y así que pasó el bailío le siguieron en forma de escolta, formados de cuatro en fondo.

Mr. de Suffren apretó cordialmente la mano á Mr. de Castries, y quiso abrazarle.

Pero el ministro de marina le separó suavemente.

—No señor, dijo, no quiero privar de la dicha de abrazaros primero á otra persona mucho mas digna que yo de hacerlo.

Y condujo á Mr. de Suffren ante Luis XVI.

—Señor bailío, exclamó el Rey con los ojos radiantes de alegría, sed muy bien venido á Versailles. Nos traeis la gloria, que es lo que dan los héroes á todos sus contemporáneos en la tierra; no quiero hablaros del porvenir, pues esto os

pertenece. Abrazadme, señor bai-
lío.

Mr. de Suffren habia doblado la rodilla; el Rey le levantó y le abrazó con tanta cordialidad, que por toda la asamblea circuló un largo murmullo de alegría y de triunfo.

A no ser por el respeto debido al Rey, todos hubiesen prorumpido en bravos y aclamaciones.

El Rey se volvió á la Reyna.

— Señora, dijo, aquí teneis á Mr. de Suffren, el vencedor de Trinque-
male y de Gondelour, y el terror de nuestros vecinos los ingleses. Este es mi Juan Bart.

— Caballero, dijo la Reyna, no encuentro palabras para elogiarnos como mereceis. Básteos saber que ni uno siquiera de los cañonazos que habeis disparado por la gloria de la Francia, ha dejado de resonar en mi corazon, el cual ha latido de admiracion y de reconocimiento hácia vos.

Apenas hubo concluido estas palabras la Reyna, se acercó el conde de Artois con su hijo el duque de Angulema.

—Hijo mio, le dijo, os presento un héroe. Miradle bien, porque son muy raros en el dia.

—Monseñor, respondió el príncipe á su padre, no hace mucho tiempo que he leído los grandes hombres de Plutarco, pero no los veia. Os agradezco, pues, doblemente el que me háysis presentado á Mr. de Suffren.

Todos cuantos rodeaban al niño prorumpieron en un murmullo de aprobacion.

El Rey cogió del brazo á Mr. de Suffren, y se preparaba á llevarle á su gabinete para hablarle de geografia, de sus viajes y de su expedicion.

Pero Mr. de Suffren se resistió, guardando siempre cierto respeto.

— Señor, dijo, permitidme, ya que V. M. se ha mostrado tan bondadoso para conmigo...

¡ Oh ! exclamó el Rey, pedid lo que querais, M. de Suffren.

— Señor, uno de mis oficiales ha cometido una falta tan grave contra la disciplina, que solo á V. M. he creído digno juez para esta causa.

— ¡ Oh ! M. de Suffren, yo esperaba que vuestro primer deseo fuera, no un castigo, sino una gracia.

— Señor, ya he tenido el honor de decir que V. M. decidiría lo que se deba hacer en esta cuestion.

— Escucho.

— Este oficial de que he hablado formaba parte en este último combate de la tripulacion del *Severo*.

¡ Cómo ! ¿ De ese buque que amainó su pabellon ? dijo el Rey con mal humor.

— Señor, el capitan del *Severo*

amainó con efecto su pabellon, respondió M. de Suffren inclinándose, y ya se disponia el almirante Sir Hugues á enviar una canoa para marinar la presa; pero el teniente del buque que mandaba las baterías del entrepunte notó que el fuego habia cesado, y habiendo recibido inmediatamente la orden de suspender el tiroteo, subió al puente; alli vió el pabellon amainado y el capitan dispuesto á rendirse. Al ver esto sintió herir en sus venas toda su sangre francesa, cogió el pabellon, buscó un martillo, y al mismo tiempo que dió orden de que continuase el fuego, clavó el pabellon debajo del gallardete. De este modo ha podido conservar V. M. el *Severo*.

—¡Valeroso rasgo! exclamó el Rey.

—¡Brillante accion! dijo la Reyna.

—Sí señor, sí señora; pero tam-

bien una rebelion muy grave contra la disciplina. El capitan habia dado una órden, y el teniente debia obedecer. Asi, pues, pido á V. M. la gracia de este oficial, con tanto mas ahinco cuanto que es mi sobrino.

—¡ Vuestro sobrino ! exclamó el Rey ; y no me habiais dicho nada.

—A. V. M. no ; pero ya he tenido el honor de dirigir un informe al ministro de Marina , suplicándole que no dijese nada á V. M. hasta tanto que yo hubiese obtenido la gracia del culpable.

—¡ Concedido , concedido ! exclamó el Rey , y prometo ademas mi proteccion á todo indisciplinado que sepa vengar de ese modo el honor del pabellon y del Rey de Francia. Debíais haberme presentado ese oficial, señor bailío.

—Está aqui, repuso M. de Suffren , y puesto que V. M. lo permite.....

Mr. de Suffren se volvió.

—Acercaos, Mr. de Charny, dijo.

La Reyna se estremeció. Este nombre despertaba en su imaginacion un recuerdo demasiado reciente para que hubiera podido olvidarlo.

Un oficial jóven se destacó entonces del grupo formado detrás de Mr. de Suffren, y se presentó delante del Rey.

La Reyna habia hecho un movimiento para salir al encuentro del jóven, pues la habia entusiasmado su brillante accion.

Pero al oir el nombre, al ver al marino que presentó al Rey Mr. de Suffren, se detuvo, palideció y lanzó un leve murmuro.

Tambien palideció Mad. de Taverney, y miró á la Reyna con ansiedad.

En cuanto á Mr. Charny nada veia, no miraba á nadie, y su rostro no espresaba mas emocion que el respeto. Se inclinó ante el Rey,

el cual le dió á besar su mano, y despues se volvió modesto, tembloroso y perseguido por las ávidas miradas de la asamblea, al círculo de oficiales que le felicitaban y le colmaban de parabienes.

Entonces hubo un momento de silencio y de emocion, durante el cual el Rey estaba radiante, la Reyna risueña é indecisa, Mr. de Charny miraba al suelo, y Felipe, que habia notado la emocion de la Reyna, se hallaba poseido de la mas viva inquietud.

— ¡Vamos! dijo el Rey al fin, venid y hablemos; deseo ardientemente oiros. y probaros lo mucho que me he acordado de vos.

— Señor, tanta bondad,....

— ¡Oh! vereis mis mapas, señor bailio; vereis cómo mi solicitud habia adivinado cada faz de vuestra expedicion. Venid, venid.

Y despues de haber dado algunos pasos con Mr. de Suffren, se

volvió hacia la Reyna.

— A propósito, señora, dijo, ya sabeis que me estan construyendo un buque de cien cañones; he variado de opinion acerca del nombre que ha de tener. En lugar de llamarle como habiamos dicho, ¿no es así señora?...

María Antonieta, repuesta de su emocion, comprendió al vuelo la intencion del Rey.

— Sí, sí, dijo, le llamaremos el *Suffren*, y el señor bailío y yo seremos sus padrinos.

Todos se habian contenido hasta entonces; pero no pudiendo resistir mas, gritaron: *! Viva et Rey! ; Viva la Reyna!*

— Y *¡viva el Suffren!* añadió el Rey con su acostumbrada delicadeza; porque nadie podia gritar *viva Mr. de Suffren* delante del Rey; pero *viva el buque de S. M.* podian gritar aun los observadores mas minuciosos de la etiqueta.

— ¡Viva el Suffren! repitió la asamblea entusiasmada.

El Rey hizo un ademán dando gracias á los que habian comprendido tan bien su idea, y se dirigió con el bailío á su cuarto.

MR. DE CHARNY.

Asi que hubo desaparecido el Rey, se acercaron á la Reyna todos los príncipes y princesas que habia en el salon.

El bailío habia hecho una seña á su sobrino, dándole á entender que esperase, y este, despues de hacer un saludo en muestra de obediencia, permaneció en el grupo que hemos dicho.

La Reyna habia dirigido á An-

drea algunas miradas significativas, y no perdía de vista al jóven, y cada vez que le miraba, se decía á sí misma:

—Es él, no me cabe duda.

A lo cual respondía Mad. de Taverney con una seña que no debía dejar á la Reyna duda alguna, pues quería decir:

—¡Oh! ¡Dios mio! Si señora; él es.

Felipe observaba, según digimos, esta preocupacion de la Reyna, y si no sabia la causa de ella, creía adivinarla.

Así, pues, suponía que la Reyna habia sido sorprendida por algun acontecimiento singular, desconocido para todos escepto para ella y Andrea.

En efecto, la Reyna se habia turbado, y buscó un refugio detrás de su abanico, cuando generalmente ella hacía bajar la vista á todos.

Mientras que el jóven procura-

ba adivinar la causa de la preocupacion de la Reyna, mientras que trataba de sondear la fisonomía de Mr. de Coigny y Mr. de Vandreuil, para asegurarse de que no tenían parte en este misterio, pues los veia hablar tranquilamente con Mr. de Haga, que habia venido á Versailles, un personaje, revestido del magestuoso traje de Cardenal, entró en el salon seguido de oficiales y prelados.

La Reyna reconoció en él á Mr. Luis de Rohan, y volvió la cabeza á otro lado sin poder disimular su disgusto.

El prelado atravesó la asamblea sin saludar á nadie, y se dirigió á la Reyna, ante la cual se inclinó, mas bien como hombre que saluda á una muger, que como un súbdito á su Reyna.

En seguida dirigió á S. M. un cumplimiento muy galante; pero la Reyna, apenas volvió la cabeza,

murmuró dos ó tres palabras con frialdad, y prosiguió la conversacion que tenia con Mad. de Lamballe y Mad. de Polignac.

El príncipe Luis no pareció hacer alto en la mala acogida de la Reyna. Concluido que hubo su saludo se volvió precipitadamente y se dirigió con toda la gracia de un cortesano á las señoras tias del Rey, con quienes conversó largo rato, pues atendido á estar muy en boga en la corte el juego de la *balanza*, obtenia casi siempre entre ellas una acogida tan afable, como fria habia sido la de la Reyna.

El Cardenal Luis de Rohan se hallaba en su mejor edad; tenia una figura imponente y una presencia noble; sus facciones respiraban inteligencia y dulzura; los contornos delicados de su boca manifestaban la circunspeccion; sus manos eran admirables; su frente, bastante despejada, revelaba al hombre aman-

te del placer ó del estudio; y efectivamente, en el príncipe de Rohan sobresalian estas dos cualidades.

Era un hombre buscado por todas las mugeres que gustaban de la galantería; era citado por su esplendidez. Y en efecto era así, pues se creía pobre gozando una renta de 1.600,000 de libras.

El Rey le estimaba porque era sabio; la Reyna por el contrario le odiaba.

No se han llegado á conocer las razones verdaderas de este ódio; pero acerca de ellas se pueden citar dos comentarios.

Primeramente, siendo embajador en Viena, el príncipe Luis había escrito al Rey Luis XV algunas cartas irónicas relativas a María Teresa, las cuales nunca pudo perdonar María Antonieta al diplomático.

Ademas, el embajador había es-

crito, con motivo del casamiento de la jóven archiduquesa con el delfin, una carta al Rey Luis XV, la cual leyó éste en voz alta durante una cena que tuvo en casa de madama Dubarry; y en ellas citaba algunas particularidades un tanto hostiles para el amor propio de la jóven.

Estos ataques ofendieron vivamente á María Antonieta, y juró vengarse del príncipe tarde ó temprano.

En el fondo de todo esto habia una intriga política.

La embajada de Viena fue retirada á Mr. de Breteuil, y pasó á Mr. de Rohan.

Demasiado débil para poder luchar abiertamente contra el príncipe, hizo uso de un ardid muy admitido en la diplomacia. Se procuró las copias y aun los originales de las cartas del prelado, embajador entonces, y comparando los servicios que el diplomático habia hecho

con las hostilidades que ejercia contra la familia imperial austriaca, conoció que tenia en la delina un auxiliar decidido á causar algun dia la ruina del príncipe de Rohan.

Ya en la corte comenzaban á sospecharse estas divergencias, y esto hacia muy embarazosa la posicion del Cardenal.

Cada vez que veia á la Reyna sufría del modo que hemos visto su glacial acogida.

Pero á pesar de su desden, tal vez seria porque un sentimiento irresistible le inducia á perdonar á su enemiga; lo cierto es que Luis de Rohan no perdió ninguna ocasion de acercarse á María Antonieta, y no le faltaban medios para ello, pues era gran limosnero de la corte.

Nunca se quejó ni habló á nadie una palabra de esto. Un círculo bastante numeroso de amigos, entre los cuales sobresalía el baron

de Planta, oficial alemán y además su íntimo confidente, le consolaba de los desprecios reales, tanto mas, cuanto que las damas de la corte no imitaban á la Reyna en su severidad hácia el Cardenal.

Este habia pasado como una sombra por el cuadro risueño de la imaginacion de la Reyna. Asi es que apenas se hubo alejado de su lado, dijo María Antonieta á la princesa de Lamballe:

— ¿Sabeis que ese rasgo del joven oficial, sobrino del bailío, es uno de los mas brillantes de esta guerra? ¿Cómo se llama?

— Mr. de Charny, segun creo, respondió la princesa.

Y volviéndose hácia Andrea:

— ¿No es así, señorita de Taverny? preguntó á esta.

— Charny, sí señora, respondió Andrea.

— Es preciso, continuó la Reyna, que Mr. de Charny nos cuente ese

episodio , sin omitir un solo detalle.

Que le busquen : ¿ no está aqui ?

Un oficial salió para ejecutar la órden de la Reyna.

Al mismo tiempo miró esta en derredor suyo , vió á Felipe y le dijo :

— Mr. de Taverney , ¿ quereis ver si está ?

Felipe se sonrojó ; sin duda debió anticiparse al deseo de su soberana. Asi , pues , salió en busca del dichoso oficial , á quien no habia dejado de observar desde que le presentaron á la Reyna.

No tardó en hallarle.

Mr. de Charny llegó á poco tiempo rodeado de las personas que la Reyna habia enviado en su busca.

Cuando entró abrieron el círculo , y entonces la Reyna pudo examinarle con mas atencion que lo habia hecho el dia anterior.

Era un jóven de 27 á 28 años; tenia el cuerpo derecho y flexible, era ancho de hombros, y sus piernas derechas y bien formadas. Su rostro afable y delicado tomaba á veces una espresion de singular energía, cuando dilataba sus grandes y hermosos ojos azules de penetrante mirar; ademas, ¡cosa admirable! á pesar de que acababa de llegar de la India, era su tez tan blanca como morena la de Felipe. Una corbata de la misma blancura que su cútis rodeaba su cuello robusto y nervioso.

Cuando se acercó al grupo en cuyo centro se hallaba la Reyna, no habia manifestado haber reconocido á Mad. de Taverney ni á la Reyna.

Rodeado como estaba de oficiales que le abrumaban á preguntas, y á los que respondia con la mayor política, parecia haber olvidado que habia hablado á un Rey,

y que una Reyna se habia dignado mirarle.

Esta política, esta reserva, llamaron la atencion de la Reyna, que tan delicada era en esta materia.

No debia Mr. de Charny ocultar solamente á los demas la sorpresa que tuvo al aparecérsese tan inesperadamente la dama del fiacre. El colmo de la discrecion era hacer de modo que ella misma ignorase que habia sido reconoeida.

La mirada de Charny espresaba una timidez de buen gusto, y no se levantó del suelo hasta que la Reyna le hubo dirigido la palabra.

— Mr. de Charny, le dijo: estas señoras desean, y yo igualmente, oir de vuestros labios todos los pormenores de vuestra accion á bordo del buque; contádnosla, pues.

— Señora, replicó el jóven marino en medio del silencio mas profundo; suplico á V. M., no por mo-

destia, sino por humanidad, que me dispense de contar este suceso; lo que hice como teniente del *Severo* les ocurrió haerlo al mismo tiempo á diez oficiales compañeros míos; yo me adelanté á ellos, y ese es todo el mérito que me atribuyen. En cuanto á la importancia que se quiere dar á este hecho, haciendo á V. M. una narracion detallada de él, no la merece, señora, y demasiado conocerá esto el hermoso y real corazon de V. M.

El comandante del *Severo* es un valiente oficial que sin duda perdió aquel dia la cabeza. ¡Ah, señora! V. M. habrá oido decir á las personas mas valientes, que no todos los dias se encuentran con valor; necesitaba diez minutos para reponerse, y la determinacion que tomamos de no querernos rendir le volvió todo su valor, haciendo desde este momento mas prodigios de valor que ninguno; por esto supli-

co á V. M. que no exagere el mérito de mi accion, pues seria en gran perjuicio para ese pobre oficial que todos los dias llora su falta.

—Bien, bien, dijo la Reyna conmovida y radiante de alegria al oír el favorable murmullo que se habia levantado en torno suyo; bien, Mr. de Charny, sois un hombre de honor, y no me habia equivocado en el juicio que habia formado de vos.

Al oír estas palabras levantó el oficial la cabeza, y su rostro se cubrió de un rubor juvenil. Tan pronto miraba á la Reyna como á Andrea con cierta espresion de terror.

Todavia no habia concluido el tormento de Mr. de Charny.

—Porque, señores, continuó la intrépida Reyna, es menester que todos sepan que á Mr. de Charny, á este oficial que acaba de desembarcar, le conociamos antes de que nos le hubiesen presentado esta no-

che, y merece que le conozcan y le admiren todas las mugeres.

Al ver que la Reyna iba á hablar y á contar una historia que descubria algun secreto ó algun escándalo, todos hicieron un círculo, se impusieron silencio unos á otros y esperaron.

—Señoras, dijo la Reyna, habeis de saber que Mr. de Charny es tan indulgente con las damas, como inexorable con los ingleses. Me han contado una historia suya, y os aseguro que esta no ha podido menos de hacerme formar una opinion muy aventajada de su carácter.

—¡Oh, señora! balbuceó el jóven oficial.

Fácil es adivinar que las palabras de la Reyna y el hallarse allí aquel á quien iban dirigidas, no hicieron sino aumentar la curiosidad general.

Charny, bañado en sudor, hubiera dado un año de su vida por

hallarse entonces en la India.

—Este es el hecho: dos señoras que yo conozco se habian retardado mas de lo conveniente, y estaban confundidas entre una multitud numerosa y sin poder salir de ella. Corrian en aquel momento graves peligros. Mr. de Charny pasó casualmente por su lado. Separó á la gente, y aunque no las conocia tomó bajo su amparo á las dos damas y las acompañó muy lejos, á diez leguas de París si no me engaño.

¡Oh! V. M. exagera, dijo Charny riéndose y tranquilizándose por el giro que tomaba la narracion.

—Bien, pongamos cinco leguas, y no se hable mas de ello; interrumpió el conde de Artois mezclándose en la conversacion.

—Sea como decís, hermano mio, continuó la Reyna, pero lo mas admirable es que Mr. de Charny no trató siquiera de saber el nombre de las dos damas á quienes habia he-

cho este servicio , que las dejó donde ellas le dijeron , y que se alejó sin volver la cabeza ; de modo que salieron de sus protectoras manos sin que Mr. de Charny las inquietase en lo mas mínimo.

Al oir esto el entusiasmo general fué indicible , y veinte señoras dirigieron á un tiempo á Charny los mas galantes cumplimientos.

— Esto es hermoso , ¿ no es verdad ? exclamó la Reyna , ¿ no hubiera hecho mas un paladin de la Tabla Redonda !

— ¡ Es soberbio ! repitieron muchas voces.

— Mr. de Charny , prosiguió la Reyna , sin duda el Rey se ocupa en este momento en recompensar á vuestro tío ; yo tambien quisiera hacer algo por el sobrino de ese grande hombre.

Y le presentó la mano.

Y mientras que Charny , pálido de alegría , imprimia en ella sus lá-

bios, Felipe se ocultó pálido de dolor entre las inmensas cortinas del salon.

Tambien Andrea habia palidecido, y á pesar de esto no podia adivinar lo que sufria su hermano.

La voz del conde de Artois interrumpió el silencio de esta escena.

— ¡ Ah ! duque de Provenza, dijo en alta voz, venid, hermano mio, venid; os habeis perdido un magnífico espectáculo, el de la recepcion de Mr. de Suffren; espectáculo que no olvidarán nunca los corazones franceses. ¿ Cómo demonios habeis faltado, hermano mio, vos que teneis fama de ser tan exacto ?

Mr. se mordió los labios, saludó á la Reyna y apenas contestó al conde de Artois.

Dirigiéndose despues á Mr. de Favras, que era su capitan de guar-

días, le dijo en voz baja:

—¿Cómo es posible que esté en Versalles?

—¡Oh! Monseñor, repuso el capitán, una hora hace que me lo estoy preguntando, y aun no he podido comprenderlo.

LOS CIEN LUISES DE LA REYNA.

Ya que hemos dado á conocer á nuestros lectores los principales personajes de esta historia, ya que lo hemos introducido en la casa del conde de Artois y en el palacio de Luis XVI en Versailles, vamos á llevarle de nuevo á aquella casa de la calle de San Claudio, donde la Reyna de Francia entró de incógnita y subió con Andrea de Taverney al cuarto piso.

Cuando la Reyna desapareció, Mad. de la Motte contó, como ya sabemos, varias veces y con una alegría indecible los cien luises que acababan de caerle tan milagrosamente del cielo.

Cien hermosos luises de cuarenta y ocho libras cada uno, los cuales, esparcidos sobre la tosca mesa, y brillantes á los reflejos de la lámpara, parecían humillar con su presencia aristocrática todos los pobres objetos que encerraba aquella humilde habitacion.

Mad. de la Motte, ademas del placer que tenia en poseer aquella suma, queria al mismo tiempo hacer alarde de ella, pues no le importaba solo el verse dueña de aquel dinero, lo que deseaba era escitar la envidia.

La repugnaba hacia tiempo tener á su camarera por confidenta de su miseria, y se apresuró á hacerla confidenta de su fortuna.

Así es que la llamó, y colocando la luz de modo que el oro resplandeciese sobre la mesa:

— Clotilde, la dijo.

Esta entró en la habitación.

— Venid aquí y mirad, añadió Mad. de la Motte.

-- ¡Oh! señora, exclamó la vieja juntando las manos y estendiendo el cuello.

— ¡Temíais que no es bastante vuestro salario, no es verdad? dijo la condesa.

— ¡Oh! señora! nunca he dicho una palabra sobre esto. Solo la he preguntado cuándo podrá pagarme, cosa muy natural, despues de no haber cobrado nada en tres meses.

— ¿Creeis que haya aquí bastante para pagaros?

— ¡Jesus! señora, si fuese mio todo eso, seria rica para toda mi vida.

Mad. de la Motte miró á la vie-

ja encogiéndose de hombros con cierto movimiento desdeñoso.

—Es una dicha, dijo, que ciertas personas se acuerden del nombre que lleven, en tanto que los que debieran acordarse lo olvidan.

—¿Y en qué vais á emplear todo ese dinero? dijo Clotilde.

—En todo.

—Señora, á mi modo de ver lo mas importante es proveer la cocina, porque ahora que teneis dinero comereis: ¿no es verdad?

—¡Chit! dijo la condesa, que llaman.

—La señora se engaña, contesto la vieja, que no gustaba de incomodarse.

—Os digo que sí.

—Os aseguro, señora.....

—Id á ver.

—Yo no he oído nada.

—Sí, ahora os sucede lo mismo que siempre, que nunca oís nada, ¿y si las dos señoras que acaban

de salir hubiesen vuelto?

Esta razon pareció convencer á Clotilde, la cual se dirigió hácia la puerta.

—¿ Oís ? exclamó Mad. de la Motte.

; Ah ! es verdad , dijo la vieja ; ya voy , ya voy .

Mad. de la Motte cogió los cien luises de la mesa y los colocó en un cajon , diciendo al mismo tiempo que lo cerraba :

— Veamos , Providencia , si me envias otros cien luises .

Y estas palabras fueron pronunciadas con una espresion de escéptica avidez , que hubiera hecho reir á Voltaire .

Durante este tiempo la puerta se abrió , y se oyeron las pisadas de un hombre .

Mediaron algunas palabras entre este y Clotilde ; pero la condesa no entendió lo que decian .

Despues se oyó cerrar la puer-

ta; el ruido de los pasos se perdió en la escalera, y la vieja volvió á entrar en la habitacion con una carta en la mano.

—Tomad, dijo, entregándosela á la condesa.

La condesa examinó con la mayor atencion el sobre y el sello, y despues alzando la cabeza:

—¿Era un criado? la preguntó.

—Sí señora.

—¿Con qué librea?

—No la tenia.

—Yo conozco estas armas, dijo la condesa de la Motte mirando de nuevo el sello.

Despues acercándose á la luz:

—Campo de gules con nueve macles de oro, dijo: ¿quién tiene en sus armas un campo de gules con nueve macles de oro?

Trató de ver si podia acordarse, pero le fue inútil.

—Veamos lo que dice, murmuró.

Y habiéndola abierto con cuida-

do para no romper el sello, comenzó á leer:

«Señora, la persona que buskais podrá veros mañana á la noche, si teneis por conveniente abrirle vuestra puerta.

— ¡Y esto es todo!

La condesa reflexionó de nuevo.

— He escrito á tantas personas, dijo. Recordemos, sin embargo: ¿á quién he escrito?

— A todo el mundo.

— ¿Y es un hombre ó una muger la que me contesta?

— Por la letra no se puede saber... la carta parece escrita por un secretario.

— ¿Y el estilo? parece el de un protector muy trivial y antiguo.

Despues repitió:

«La persona que buskais.....

— La frase tiene intencion de ser humillante. Seguramente debe ser de una muger.

Y continuó:

—«Vendrá mañana á la noche, si teneis por conveniente abrirle vuestra puerta»

—Una muger hubiera dicho: os espera mañana á la noche.

—Luego es de un hombre.....

—Y sin embargo, esas señoras que estuvieron aquí ayer, parecian ser personas de alto rango.

—No tiene firma ninguna...

—¿Qué escudo será el que tenga un campo de gules con nueve macles de oro?

—¡Oh! exclamó: ¡habia perdido la cabeza! ¡Es de los Rohan!

—He escrito á Mr. de Guemené y á Mr. de Rohan; uno de los dos me contesta, claro está.

—Pero como el escudo no está acuartelado, la carta debe ser del Cardenal.

—¡Ah! ¿de modo que el Cardenal de Rohan, ese hombre tan galante, tan afeminado y ambicioso, va á venir á ver á Mad. de la Motte, si esta le

abre su puerta?

—¡Bien! que descuide, la puerta se le abrirá.

—¿Y cuando? mañana á la noche.

Y se puso á pensar.

—Una señora de la Caridad que da cien luises puede ser recibida en una habitacion como esta, puede helarse sobre estos ladrillos, y sufrir estas sillas tan duras como las parrillas de San Lorenzo, con la diferencia de que no hay fuego debajo. ¡Pero un príncipe de la Iglesia, un hombre de Estado! No, no, es preciso que para la visita de semejante limosnero se revista la miseria de mas lujo que el que ostentan muchas personas ricas.

Despues, volviéndose hácia Clotilde, que acababa de arreglar su cama:

—Hasta mañana, la dijo, y no os olvideis de despertarme temprano.

Dicho esto, y sin duda para reflexionar con mas libertad, hizo una seña la condesa á la vieja para que la dejase sola.

Clotilde alzó el fuego que se hallaba enterrado entre las cenizas, cerró la puerta y se retiró al cuarto donde dormia. Juana de Valois, en vez de dormir, pasó la noche formando planes. Con un lápiz escribió algunas notas á la luz de una lamparilla. Hacia las tres de la madrugada, tranquila respecto al dia siguiente, se adormeció un poco hasta que Clotilde, fiel á sus órdenes, la vino á despertar al amanecer.

A las ocho concluyó su tocador, compuesto de un vestido de seda elegante y de un peinado de buen gusto.

Calzada como una gran señora y como una muger bonita, y con un lunar en el pómulo izquierdo, envió á buscar una especie de car-

ricoché al sitio donde solían hallarse, es decir, en la calle de Pontaux-Choux.

Hubiera preferido una silla de manos; pero había que ir muy lejos á buscarla.

El carricóche, tirado por un robusto averniano, recibió orden de conducir á la condesa á la plaza Real, bajo los arcos del Mediodia, á un antiguo piso de una casa abandonada, donde habitaba maese Fingret, tapicero adornista que tenía muebles de alquiler y de venta.

A los diez minutos de haber salido de su casa la condesa llegó á los almacenes del maestro Fingret, donde no tardaremos en encontrarla, admirando y escogiendo muebles de una especie de *Pseudæmonium*, del que vamos á tratar de hacer un bosquejo.

Figúrense unas cocheras de cincuenta pies de largo sobre treinta de ancho, y de diez y siete de al-

to; las paredes cubiertas con todas las tapicerías de los reinados de Enrique IV y Luis XIII, y los techos llenos de un sin número de objetos que colgaban, entre los cuales las arañas del siglo XVII se hallaban mezcladas con lagartos henchidos de paja y lámparas de iglesia.

En el suelo hallábanse confusamente esparcidos por todos los lados tapices y esteras de varias clases, muebles torneados, mesas de madera esculpidas, consolas de pie dorado á lo Luis XV, sofás forrados de damasco, y de terciopelo de Utrecht, divanes, grandes sillones con asientos de cuero, armarios de ébano con cristales tallados, mesas de Bone cubiertas de mármol y porcelana, chaqueteras, mesas de tocador abastecidas de todos los objetos necesarios, cómodas con embutidos imitando flores, y camas de palo de rosa con colgaduras de to-

da clase de telas.

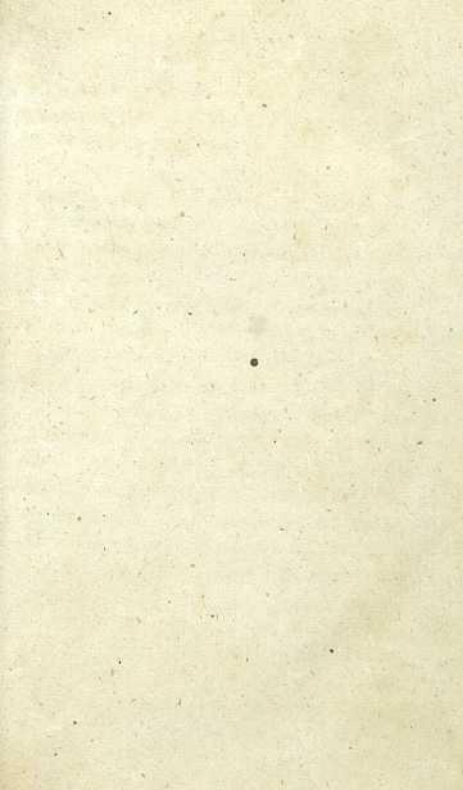
Veíanse tambien clavos, espinetas, arpas y sistros; el perro de Marlborough se hallaba disecado en un rincon.

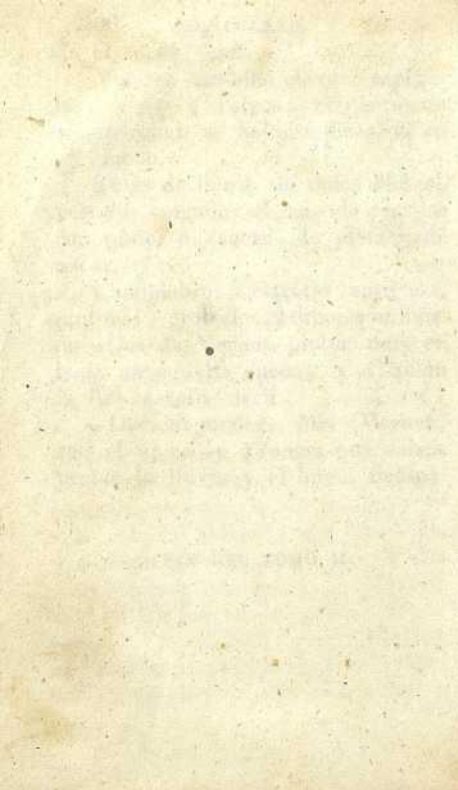
Telas de lienzo de todas clases, vestidos colgados al lado de espadas con puños de acero, de plata y de nácar.

Candelabros, retratos antiguos, pinturas, grabados y dibujos imitando á los de Vernet, pintor muy en boga en aquella época, y á quien la Reyna solia decir:

—Decididamente, Mr. Vernet, sois el único en Francia que sabeis pintar la lluvia y el buen tiempo.

FIN DEL TOMO II.









EL COLLAR
DE LA
REYNA

1.2

FAN
XIX
163a

28-

**EL COLLAR
DE LA REYNA.**

II

DE LA REINE
ET DU ROY

